

TOBIAS ROSENBERG

PALO' I CHALCHAL

SUPERSTICIONES, LEYENDAS Y
COSTUMBRES DEL TUCUMAN

Obra Premiada
en la Selección de la
SOCIEDAD SARMIENTO
1936

Ediciones
de la
Sociedad Sarmiento
Tucumán



TOBIAS ROSENBERG

PALO' I CHALCHAL

SUPERSTICIONES, LEYENDAS Y
COSTUMBRES DEL TUCUMAN

Obra Premiada
en la Selección de la
SOCIEDAD SARMIENTO

1936

Ediciones
de la
Sociedad Sarmiento
Tucumán

*COMISION DIRECTIVA DE LA SOCIEDAD SARMIENTO
INICIADORA DE ESTAS EDICIONES*

Presidente: Luis Gianneo
Vice Presidente: Juan D. Piñero
Secretario: Miguel Gratacós
Pre Secretario: Luis A. Hourcade
Director de
Biblioteca: Enrique M. Casella
Sub Director: Jacobo Nieva Moreno
Vocal:
 Oreste Locascio
 » Hamlet D' Agnillo
 » Suplente: Pedro Migliorini
 » » Juan E. Piatelli
 » » Juan Imbaud

Comisión de Selección

Prof. Luis Gianneo
Dr. Manuel Lizondo Borda
Dr. Rafael Sorol
Dr. Luis Hourcade

PRÓXIMO A PUBLICARSE

Nº 3 — Leyendas Líricas de Enrique Mario Casella

YA PUBLICADOS

Nº 1 — Puntos Cardinales de Brígida Usandivaras de Garnieri

Nº 2 — Palo' i Chalchal de Tobías Rosenberg

«La Sociedad Sarmiento» en su Cincuentenario.

Alba Grande de Fausto Burgos.

*BASES PARA LA EDICION DE OBRAS DE AUTORES
TUCUMANOS Y RADICADOS EN LA PROVINCIA*

Art. 1º — La Sociedad Sarmiento de acuerdo con sus fines establecidos en los Estatutos en el sentido de estimular y difundir la producción literaria de Tucumán, iniciará la edición de obras de autores tucumanos y de aquellos que no siéndolo, estén radicados dentro del territorio de la Provincia.

Art. 2º — Las obras a editarse podrán ser de cualquier género literario (Novela, Teatro, Poesía, Narraciones, Crítica, Ciencia, Arte, etc.). Tendrán preferencia aquellas que traten sobre tópicos locales, y serán elegidas en una Selección que realizará anualmente la Sociedad Sarmiento, en el mes de Junio.

Art. 3º — La Selección aludida en el art. anterior, estará a cargo de una Comisión compuesta de cuatro miembros de los cuales tres serán nombrados en cada ocasión por la C. D. e integrada y presidida por el Presidente de la Sociedad.

Art. 4º — De los trabajos presentados a la selección se elegirán cuatro (4), los que serán editados uno por vez, cada trimestre, o sea, en Agosto, Noviembre, Febrero y Mayo. La Comisión si no encontrara méritos a las obras presentadas podrá elegir un número menor o ninguna — en cuyo caso se abrirá un nuevo período para admisión de obras.

Art. 5º — De cada obra se hará un tiraje de MIL (1.000) ejemplares, de los cuales se entregarán al Autor como única retribución, CIEN (100) ejemplares. Los novecientos restantes serán de propiedad absoluta de la Sociedad Sarmiento que podrá disponer de ellos en la forma que crea conveniente.

Art. 6º — Para financiar estas Ediciones se formará un Fondo denominado, «FONDOS EDICION DE OBRAS - SOCIEDAD SARMIENTO», el que se iniciará con lo que produzca la venta del libro «ALBA GRANDE», de Fausto Burgos, cuyos originales fueron donados a la Sociedad por su Autor y editados por ella. La C. D. gestionará ante quien crea conveniente, Subsidios, donaciones etc. Lo producido por las ediciones sucesivas también ingresarán a esta cuenta. Los fondos serán depositados en una cuenta especial en el Banco de La Provincia y no podrán ser utilizados para fines ajenos a esta resolución.

Art. 7º — Las obras elegidas para ser editadas han de ser absolutamente inéditas y exenta de toda tendencia, ya sea religiosa o política.

Art. 8º — El Autor cederá todos los derechos de propiedad literaria a la Sociedad Sarmiento, y, en caso de que él decidiera hacer una nueva edición de su obra o cederla a un editor, deberá solicitar por escrito a la C. D., la caducidad del convenio firmado al hacerse la primera edición, cosa que podrá ser concedida siempre que dicha edición esté agotada.

Art. 9º — Una Vez que la Comisión de Selección se haya expedido, se procederá a sortear a las elegidas para establecer el orden en que serán editadas. A este sorteo serán invitados los autores, quienes de inmediato firmarán el convenio respectivo el que será debidamente legalizado.

Art. 10. — El período de admisión de las obras para la selección se clausurará el día 31 de Mayo. La Comisión de Selección se reunirá el primer día hábil del mes de Junio y deberá expedirse dentro de los (60) días.

Art. 11. — Las obras presentadas deberán ser escritas a máquina y el autor firmará con un lema. Bajo sobre cerrado en cuya parte exterior esté escrito el nombre de la obra y el lema, irán el nombre del autor y domicilio. Las obras podrán ser remitidas por correo certificado, o entregadas por una persona que no sea el autor, en la Secretaría de la Sociedad. Las obras enviadas por correo serán dirigidas a la siguiente dirección: SOCIEDAD SARMIENTO - SELECCIÓN DE TRABAJOS LITERARIOS, Congreso 65. Tucumán.

Art. 12. — Cualquier caso no previsto en la presente resolución, será resuelto por la C. D.

Tucumán, 3 de Abril de 1936.

PALO' I CHALCHAL

**Leyenda en torno a una
canción de Carnaval :: ::**

En el Sud de nuestra provincia, una canción triste con el alma de una raza que se extingue, anuncia, desde hace luengos años, la llegada del Carnaval:

Palo i chalchal, (1)
palo i nogal,
pa' que m' has tráido
pa' verme yorar?...

Las parejas, enarbolando banderas, desfilan por las calles en largas caravanas y, a los sones de los

(1) Chalchal: (*Schmidelia edulia*, según Hauman-Merck y otros botánicos) sapindácea, según Venturi, es un “árbol delgado, abundante, sin espinas, de madera amarillenta obscura y blanda no utilizada”. Dá, de fruta, unas bolitas rojas, comestibles que llenan la planta y son muy disputadas por los pájaros. Dice Holmberg que en Santiago del Estero llámase también chalchal al *Lycium pruinosum* (Lizondo Bordas-Estudio de voces tucumanas - Voces tucumanas derivadas del quichua - pág.: 126).

golpes de las cajas, (2) se oye como un monótono lamento:

Palo i chalchal,
palo i nogal...

.....

Más de una generación escuchó la copla y más de una generación la cantó, sin llegar a comprender el significado profundo de la doliente estrofa:

pa' que m' has tráido
pa' verme yorar?...

.....

Celebrábase el carnaval en La Reducción. Aquel año los festejos prometían no igualado colorido. Desde lejanas comarcas caía el paisanaje ávido de fiesta y de licor. Todo era bullicio y alegría.

Un gaucho, llevando a su compañera en el anca de su potro, se aproxima al lugar. Viene dispuesto a divertirse. Ese día quiere reir... emborracharse de carcajadas...

La danza está en su apogeo. Las parejas han formado una ronda y al compás de los sonidos de

(2) Caja: Es un instrumento musical semejante al tamboril, pero hecho en forma rústica y utilizando cuero de vizcacha. Dicho instrumento se ha identificado tanto con la vida de nuestra gente de campo, al punto de constituir, aun hoy, un elemento imprescindible en todas sus fiestas y desventuras.

El paisano, que sabe ser agradecido, en una sola copla compendió todo su cariño hacia el tamboril aborigen:

Esta caja que toco,
tiene boca y sabe hablar;
solo los ojos le faltan
pa' que m' ayude a yorar.

los violines, las guitarras y las cajas, bailan zambas, chacareras y malambos. (3)

El gaucho se apea. Tira su poncho y va en busca de una hembra. ¡El también quiere bailar!... Invita a una china buena moza y se confunde entre el tumulto.

Pasan las horas y el paisano ya medio ebrio, olvida de su compañera fiel que, mordida por los celos, con ojos llorosos, lo contempla desde el potro. Un mundo de venturas parece que escapa de su lado y, bajando la cabeza, oculta dos lágrimas que serpentean por su rostro. Sabe que «su» hombre ya no le pertenece. Quiere entonces alejarse, más no puede. Balbucea de pronto unas palabras que se pierden entre el ruído de las cajas y, fuerte en su dolor, se yergue altiva; mira a su gaucho en brazos de una mujer que no es ella y, bajando del caballo, con paso tardo, va en su busca. ¡Es un

(3) Zamba: Baile elegante de antiguo origen español, vino desde Chile y el Perú donde se lo denomina "zambacueca" o "zamacueca" o simplemente "cueca". En Salta y Jujuy se le llama "chilena". Es muy popular en todo el norte argentino.

Chacarera: Baile originario del Norte Argentino, se extendió hasta los partidos del Sud de la provincia de Buenos Aires; por los años 1898 a 1900 se bailaba todavía en Balcarce, Coronel Suárez, General Pirán y Bahía Blanca. (De "Nativa" Buenos Aires).

Malambo: Baile individual, cuya principal característica es el zapateo. En las "trenzadas de contrapunto" sirve para poner de manifiesto las habilidades de los bailarines que ejecutan bellas a la par que difíciles figuras coreográficas.

momento de suprema angustia!... Cual sierpe mortalmente herida, ondulando provocativamente su cuerpo, avanza hacia «su» hombre. Vé en el suelo una caja abandonada por un viejo borracho y, tomándola, apresura su paso. Todos presumen una tragedia y atónitos quedan como enclavados incapaces de detener a la hembra despechada. Ha llegado el instante. ¿Qué irá a suceder?, se preguntan los reunidos al mirarse.

La mujer contempla fijamente a su compañero infiel y, haciendo sonar la caja, toda llorosa le endilga luego la siguiente copla:

Palo i chalchal,
palo i nogal,
pa' que m' has tráido
pa' verme yorar?...

El paisano, sacudido como por un rayo se levanta. Mira a su mujer: vé en sus ojos de tigresa todo el celo de una hembra enamorada. En ese minuto muchos temen por la suerte de la pobre, pero él es criollo, él es noble y él es bueno. Comprende el dolor de su querida. Se le acerca, le arrebata la caja y con acento de macho le replica:

Palo i chalchal,
palo i nogal,
si yo t'i tráido
yo t'i yevar...
.....

Desde entonces, una y otra vez, año tras año, la estrofa triste como el alma de una raza que se extingue, a los sones de los golpes de las cajas, anuncia en nuestros campos la llegada del Carnaval.

El Silbido de las Animas

Superstición popular

Sostiene la gente de nuestros campos que en ciertas noches de verano, las almas de los muertos comienzan a silbar para atemorizar el espíritu de las «gentes honradas».

Afirman, asimismo, que cuando esos silbidos son contestados, en torno a quienes tuvieron la osadía de hacerlo, se produce una silbatina de tal género, que concluye por enloquecer a los que la escuchan.

Basándome en esta creencia popular y revelando un episodio que muchos juzgan veraz, he escrito el relato que va a continuación.

—N'ai muchacho que andai haciendo?

—Nada mama. Yevando ei catre pa' tirarme bajo l' higuera.

No seas gruto. Bajo l' higuera sin tenerle miedo a la mala sombra y sin ver que falta poco pa'l día de los dijuntos.

—Y que tiene?

—Cómo que tiene, animal? No sabís que las almas en pena salen de las tumbas pa espantar a las gentes honradadas?

—Eso dicen, mama. Yo no créibo.

—Si viviera tu tata... él te contaría lo que sufrió. ¡Anima bendita! Dios lo tenga en la Gloria. El pobre casi se golvió loco.

Y la vieja masculló un rezó haciendo la señal de la cruz.

—No importa, mama. Adrento hace mucho calor. Yo duermo ajuera...

Era una noche bochornosa del mes de Octubre. El muchacho tendió su catre casi junto al tronco de una vieja higuera y sin siquiera quitarse las ropas, se acostó.

Como la mayoría de nuestras noches de primavera, ésta era de una claridad maravillosa. La luna se dejaba ver en un cielo todo cubierto de estrellas

y que semejaba una azulina sábana bordada con encajes de oro.

Tirado en el catre, el muchacho echó sus manos a la nuca y clavando su mirada en el cielo quedó pensativo.

De pronto, como saliendo de honda meditación, comenzó un soliloquio:

—¡Cosas e vieja habian de ser! Se reúnen las «cumas» y... ¡Ahijuna, si es pa' caer de «antarcas» de puro miedo! ¡De las cosas que hablan!... Los fantasmas... los encantos... las grujas, las almas en pena... tuito se les antoja... ¡Que cosa cuentan, mama mía!... D'ande sacan tantas novendar?... Ayer mesmito se juntaron pa' hablar de los silbios de las ánimas. Yo las óiba y me réiba...; ¡Si vieran como andaban de julepeadas! Decían que antinoche las almas les habian silbao y que no pudieron cerrar los ojos de puro miedo. Yo las óiba y como una por ahí largó que cuando se contesta al silbio, se golvia como loco, esta noche me tiré ajuera pa' mostrarle que todo son habladurías y que un güen crioyo no debe tener miedo a fantasias.

Las horas, mientras tanto, iban pasando. El muchacho, fija la mirada en el cielo, no podía dormir. Aunque, como queriéndose engañar a si mismo, aparentaba estar tranquilo, algo así como una extraña sugestión lo iba invadiendo...

—El silbio de las ánimas... y ¿si juera cierto tuito lo que hablan?... a veces hay cosas... yo mesmo una güelta vi una luz mala... uno debe ser mas créido... algo deben haber oido esas viejas pa' que chiyen tanto...

De repente quedó como muerto. Acababa de oír un silbido lejano, seguido de otro más débil. Dos silbidos que se confundían y que parecían partir de las entrañas mismas de la noche.

Incrédulo aún, giró la cabeza y como no viera a nadie, cobró valor.

Sentóse en el catre y respondió al silbido, silbando él también.

¡En mala hora lo hiciera!, nuevos silbidos llegaron hasta sus oídos.

Bajo los efectos de la extraña sugestión, a todos ellos respondía silbando a su vez...

Los silbidos se hacían cada vez más cercanos. Al principio apenas si fueron dos, luego fueron cuatro, se hicieron cien, se hicieron mil y todo fué un estridente silbido.

El muchacho respondía, silbando siempre. Cada vez con más fuerza; cada vez con más ansia; cada vez con mayor desesperación...

Y los silbidos llenaban todos los ámbitos.

No pudo más. Alucinado por el terror, saltó de su catre y ganó el rancho.

—Mama, mama, prendé la vela, pronto... mama... mamitai...

Y cayó de rodillas junto al lecho de su madre.

—¿Que hay, pucha?, preguntó ésta desperezándose.

—Mama, ¿no sentís?... prendé la vela... el silbio de las ánimas... ¿no sentís?...

—No siento nada, muchacho; refunfuñó la vieja encendiendo un fósforo.

Hubo entonces luz, y una madre pudo contemplar

a su hijo transformado en bestia por el miedo. Tenía la cabellera erizada. Los ojos parecían querer escapar de sus órbitas y espumosa baba salía de su boca... Se incorporó temblando...

—Mama, ¿no sentís el silbio de las ánimas?...
¿no sentís?...

—No oyo nada, muchacho. Dejate de jorobar
que te doy un chirlo...

—Mama, ¿no sentís el silbio de las ánimas?...

—Cayate gruto; volvió a refunfuñar la vieja y,
enarbolando una alpargata, la arrojó contra el
muchacho.

Aquello fué el fin. El golpe, por lo sorpresivo,
bastó para que el muchacho se sintiera poseído por
espantos y, en el paroxismo de la desesperación, se
lanzó a la calle para perderse entre los campos
gritando:

—Mama, el silbio de las ánimas... el silbio de
las ánimas...

Había enloquecido.

El relato corrió de criollo a criollo; de generación a generación y, desde entonces, al hablarse de «El silbido de las ánimas», se lo hace con profundo respeto, con temor casi, porque dicen que es un hecho que ellas salen de sus tumbas para pagar sus culpas terrenales y, al hacerlo, envidiosas, gustan mucho de «espantar» a las «gentes honradas».

El Pesebre

*El veinticinco nació el Niño,
entre la paja y el hielo;
¡Quién pudiera, Niño hermoso,
vestirte de terciopelo!*

¡Hosanna!... ¡Cristo ha nacido!... Termina el día veinticuatro de Diciembre. Allá lejos, en la dilatada y agreste extensión de nuestros campos, junto a un rancho de quinchas, un gallo canta una, dos, tres veces y se oyen luego los sonidos de un bombo y los acordes de un violín. El paisanaje celebra el advenimiento de Dios...

Algunos faroles y cabos de sebo iluminan la escena. Han comenzado las libaciones y las botellas de aloja y de vino, pasan de mano en mano. Algunos gritos y, de pronto, desde el interior del rancho, voces de mujeres y de niños inundan la noche:

Tres palomitas
en un palomar,
suben y bajan
al pie del Altar...
Tocan la misa
y levantan la voz,
y besan y besan
la mano de Dios...

.....
Por aquel postigo abierto
se paseaba una doncella,
vestida de azul y blanco
reluciendo como estrella...
Pasó San José y le dijo:
—¿Porqué lloras, esposa mía?
—Yo lloro por pecadores

que mueren todos los días...
El Infierno ya está lleno
y la Gloria está vacía...

—¡Al pesebre!... ¡Al pesebre!... grita un paisano enarbolando una botella y lanzando un alarido salvaje.

—Güeno, al pesebre, responde otro; pero antes cantemos...

Y cantan:

Al pesebre, al pesebre mortales,
vamos hoy al pesebre a adorar,
lo más dulce que tienen los cielos
De Jesús, la Divina Verdad...

¿No ves como los buenos pastores,
cuando saben de Cristo el Natal,
transportados de gozo, a adorarle,
sus rebaños dejando, se van?...

Sobre todo, ¿qué cosa más bella
y más tierna que la Adoración
de su Madre Amorosa y del Justo,
su dignísimo Padre y tutor?...

Al pesebre, al pesebre mortales,
vamos hoy al pesebre a adorar,
lo más dulce que tienen los cielos
De Jesús, la Divina Verdad...

Y aún resuena el eco del canto, cuando el paisanaje en tropel, se hunde en el rancho.

Aquella reconstrucción del pesebre de Belén no puede ser más humilde. Apenas algo que remeda una cabaña: paredes de paja, un asno, unos bueyes y varios pastores con sus rebaños de blancas ovejas. El terreno es árido. Se dejan ver algunas piedras y más atrás, sobre un cielo tachonado de estrellas, se dibuja la montaña. En medio de la cabaña, sobre un montón de maloja está el Recién Nacido y junto a El, Santa María y San José que lo contemplan con beatífica mirada. Algunos bueyes, en redor del Niño, con su aliento, le hacían «buen ambiente». Más lejos, bajando de los cerros, los tres Reyes Magos se dejan guiar por una estrella más grande y luminosa que las otras y, un montón de toscos juguetes y de humildes margaritas, esparcidos en desorden, completan el cuadro que iluminan varias velas de sebo. Todo es convencional e ingenuo, pero todo es honestamente humano. El alma del pueblo —sencilla y buena— se vuelca en el pesebre y éste adquiere entonces la grandeza de las cosas nimias, intrascendentes, pero que en un momento dado, ahondando en su estudio, revelan cuál es la idiosincrasia de quienes aún viven añorando las creencias de sus antepasados que, si eran primitivas, no por eso dejaban de tener su belleza...

Frente al pesebre están ahora unas mozas, unos niños y, más atrás, sentadas sobre bancos y cajones, algunas viejas comadres y los paisanos que acaban de entrar.

—Cántenlen al Niño; dice uno.

—Está bien, contesta una moza volviendo el rostro. Ustedes nos ayudarán.

—Güeno, replican al unísono varias voces y, todos se aprestan a entonar loas al Salvador. Pasan unos instantes, suena una caja y se oye:

San José fué carpintero,
Santa María fué costurera
y el Niño cargó la Cruz,
porque en ella ha de morir.
Y el Niño cargó la Cruz
porque en ella ha de morir...

Se hace un profundo silencio.

—N'ay que habian sio mancas pa' cantar; dice de pronto un paisano disconforme y agrega: No hay primera sin segunda. A cantar si ha dicho.

Y el rancho humilde vuelve a inundarse de voces. Esta vez varios paisanos han decidido formar coro:

Caminando vá la Virgen,
por el camino a Belén.

Yolé... yolé... Yolanda... Yolanda... Yolé...

Como el camino es tan largo,
al Niño le ha dado sed...

Yolé... yolé... Yolanda... Yolanda... Yolé...

Calla Niño de mi vida,
calla Niño de mi bien...

Yolé... yolé... Yolanda... Yolanda... Yolé...

Y se sigue cantando. El coro se deja oír con fuerza y, cuando al fin se termina, los paisanos vuelven a ganar el patio, do. de prosiguen las libaciones y el baile...

El despuntar del día, los sorprende así, borrachos, dormitando bajo unos árboles o al alero de

algún rancho, cuando nó, montados en sus caballos, acompañados por sus mujeres, trotando cabizbajos rumbo a sus hogares.

La duración del pesebre es de nueve días. Durante el transcurso de los mismos la escena anteriormente descripta se repite diariamente y apenas si se observa en ella una que otra variación en los cantos. La noche víspera de Año Nuevo se celebra la Circuncisión de Cristo, y a las estancias de los villancicos, se agregan estas estrofas:

—¿Quién es, Cielo mío,
Mi Jesús, quien es
ese cruel que hoy día
te hace padecer?...
¿Es acaso Herodes,
ese monstruo atroz,
o el sacro ministro
circuncidador?...

Otro tanto sucede la Noche de Reyes. A los cantos se agregan las ofrendas de Gaspar, Melchor y Baltazar y es entonces cuando se oye:

Recibe Jesús mío,
Rey mortal, Hombre y Dios,
el oro, incienso y mirra
que os dá mi corazón...
El agradable incienso
que ella te ofrece son.
Dios vivo, yo te adoro
con igual religión
que Gaspar cuando honores

divinos te rindió...
Ve ahí el incienso hermoso,
que os dá mi corazón...

Luego sigue:

De mirra un hacecillo
para mí, fuistes vos.
Para tí quiero serlo,
lo quiero también yo.
Mortal hombre que un día
morirás por mi amor,
con Baltazar la mirra
de mi angustia te doy...

Y termina:

Del sacro, el oro puro
donde has sembrado amor.
a tus pies lo presento
con la fé de Melchor... ⁽¹⁾

El día de Reyes es el último del novenario. Es entonces cuando entra en juego la parte socarrona y picaresca que el gaucho lleva dentro de su alma como una herencia ancestral.

Se roba los juguetes al Niño; se dicen frases chispeantes a las mozas y finalmente una feroz bacanal pone término al pesebre en medio de disparos de cohetes, de tiros al aire, de alaridos y de

(1) Las estrofas anotadas han sido transcritas fielmente. Se notan en ellas marcadas lagunas, debido quizás a la ignorancia de esa pobre gente. En nada he querido corregirlas, de ahí que por momentos hasta parezcan truncas.

gritos que, confundidos con los sonidos del bombo, la caja y el violín, resuenan en los campos cual si fuera el terrible despertar del alma primitiva...

La construcción de un pesebre no es fruto de improvisaciones. Hay que ajustarse a prácticas establecidas y, de ahí que, dos días antes de la natividad de Cristo, se comience la obra. Debe hacerse una reconstrucción de Belén; no importa que ella sea arbitraria, siempre que no falten los atributos que señala la bíblica leyenda y que no son otros que José, María y el Niño, el asno, los bueyes, las ovejas, los pastores y los Reyes; todo dentro de un marco que evoque el cristiano advenimiento. No debe faltar tampoco la montaña con sus picos y sus faldas escarpadas, ni el plateado río, ni el cielo con estrellas, ni la estrella-guía que refulgente iluminará el sendero de los Reyes de Oriente, hasta quedar encerrada junto mismo al Salvador. No faltará tampoco el portal de Belén y para su adorno servirán las más bellas margaritas.

La montaña apenas si es una arpillería o una lona a la que después de mojar en una preparación de afrecho de trigo y agua, y de exprimirla convenientemente, se la ha extendido para derramar sobre ella carbón molido, ladrillo en polvo, azul y cal, que servirá, una vez seco, para dar a esta un colorido propio. Las pinturas evitan en muchos casos toda esta

labor, pero la forma tradicional aún impera y seguirá imperando por espacio de años y de años.

La Adoración del Niño, cual la practican nuestros paisanos, entraña un culto familiar que poco a poco ha ido apartándose del cristianismo para no ser más que una forma pagana, donde por extrañas reminiscencias se rinde tributo a Jesús en la misma forma que antaño nuestros aborígenes rendían tributo a sus dioses, ya que no otro significado pueden tener las ofrendas que a veces no son más que humildes juguetes, pero que otras son las primicias de sus huertas o sus manjares predilectos.

La influencia española no deja tampoco de mostrarse en esta manifestación del alma popular.

El aborigen y su sucedáneo el criollo, recogieron del conquistador todos sus cantares religiosos y al darle un matiz propio, supieron conservar esa modulación de voz, tan hispana y tan pura, que aún hoy, se deja oír en nuestros campos, cuando el silencio de una noche de fines de Diciembre es roto en un Pesebre por un canto como éste:

Al salir de Cartajena,
Marinero cayó al agua.
Lucifer que nunca duerme
preguntó de la otra banda:
—¿Que me dás, tu marinero,
si yo te saco del agua?

— 28 —

—Te daré mis tres navíos
cargados de oro y plata.
—Yo no quiero tus navíos,
ni tu oro, ni tu plata.
Solo quiero cuando tu te mueras,
que a mí me entregues el alma.
—Yo a Dios entrego el alma.
y el cuerpo al agua salada;
y el corazón que me queda
a la Virgen Soberana.

.....

¡Hosanna!... ¡Cristo ha nacido!... Termina el veinticuatro de Diciembre. Un gallo ha cantado por tres veces. Reina profundo silencio y de pronto, desde el interior de un rancho, voces de mujeres y de niños llenan la noche:

En un portal de Belén,
hay un arca chiquitita,
donde se viste el Señor
para salir de visita...

.....

Bailá pastorcillo,
bailá en Belén,
que el Rey de los Cielos
ha nacido ya...

— 29 —

El Aparecido de “La Aguadita”

Los «carnavales» tucumanos constituyen —aún hoy— uno de los acontecimientos más trascendentales en la vida monótona y apacible de nuestro paisano. A igual que las «trincheras» ⁽¹⁾ santiagueñas, ellos congregan, bajo el imperativo de la farsa, a todo el criollaje que llega trayendo estereotipado en su rostro un incontento afán de olvidar en pocos días, todo un año de desdichas y privaciones. Y como en las «trincheras» santiagueñas, ellos pretenden revivir, en horas no más, todo un pasado que, si no fué grandioso, por lo menos ha tenido el valor de ser autóctono; de ser propio...

(1) Trincheras: "Es la fiesta del Carnaval. Sobre el descampado erigen un seto rústico y circular de palos entrecruzados, dejando en medio la cancha para la fiesta. Allí se acorrala toda la gente. Hay parejas que danzan, viejos que chupan, jinetes que se acometen a pechadas, jóvenes que se enjalbegan de almidón. En su improvisado garabito al aire libre, alguna vieja cieatera vende cohetes, huevos con agua y almidón; cada pequeña jícara por cinco. En los coros de la salvaje romería, se oye música de tamboriles y cantos:

Arribita, no sé donde,
juega una paja en el viento,
como juegan los amores
dentro de tu pensamiento.

(Ricardo Rojas. "En el país de la Selva" Pág. 82).

Llámase en nuestra provincia «carnavales» a los bailes populares que, organizados por taberneros, se realizan en todos los villorios con motivo de las fiestas del mismo nombre. Sobre todas sus virtudes, los «carnavales» sirven para reunir al chinitaje que, por espacio de tres días, se entrega a la danza que a veces prolonga uno más, como homenaje al organizador de la fiesta, quien, llegado el Miércoles de Ceniza, pasa la taberna a un «representante» y se dispone a retribuir las atenciones que le fueron dispensadas por los parroquianos, entregándose él también a la fiesta e invirtiendo en la misma gran parte de las utilidades de los días anteriores. De ahí que el paisano haya cambiado la denominación de «miércoles de ceniza» por otra más adecuada, como lo es «El día del pulpero», ya que, por espacio de algunas horas —merced a su desprendimiento—, es éste quien se convierte en dueño y señor del «Carnaval».

Esto es en lo que atañe al «Carnaval Grande», que comprende los tres primeros días de la fiesta. Luego viene el «Carnaval chico» y, el baile, interrumpido por espacio de breves días, se reanuda con el mismo entusiasmo de los primeros instantes. Durante todo este tiempo, el paisano se entrega de lleno al jolgorio. Gusta enjaezar su caballo, formar comparsas que pretenden ser remedos de indiada bulliciosa y recorrer los «carnavales», para tributar sus coplas a las mozas, siempre mal pintadas y de vestidos chillones; entregándose al final de la jornada al beberaje más infame, que concluye, en más de una oportunidad en riña sangrienta.

Y los «carnavales», —tabernas improvisadas en medio de nuestros campos, donde el paisano se divierte a la manera bárbara de sus antepasados, —tienen también el encanto propio de toda expresión folklórica que ha logrado adentrarse en las entrañas de los pueblos. Impera en ellos el desenfreno y los desbordes más incalificables se justifican a la sola enunciación de la fiesta. Todo es permitido; todo es lícito; el juego con agua, pomos, lodo, harina, papel picado y anilinas está a la orden del día, y también está a la orden del día el juego amoroso, que a veces termina en un matrimonio más, pero que la mayor parte apenas si concluye en el acto sexual, simple y brutal, despojado de toda belleza y de todo sentimiento. De ahí que un conocido cultor de nuestras tradiciones, haya resumido en una cuarteta la terminación de estas festividades:

Ya se ha ido el Carnaval
por el vado más estrecho,
y quedan las buenas mozas
con la barriga hasta el pecho.
.....

He hablado al principio de este exordio sobre el «Miércoles de Ceniza» y, antes de terminarlo, debo hacer algunas consideraciones sobre su significación. Tanto el paisano como la china comprenden que durante los primeros días del «Carnaval grande» se han entregado por completo a sus pasiones, contrariando todos los principios de la moral esta-

blecida que, si bien, para sus actos diarios, es secundaria, no por eso dejan de profesarse un respeto religioso en estas circunstancias. Sienten entonces la necesidad de «purificarse». De librarse de todas las culpas cometidas y es el «Miércoles de Ceniza» el día indicado para concurrir a la Iglesia, a fin de confiar al sacerdote los pecados y obtener su absolución. Esta ceremonia religiosa adquiere los caracteres de una verdadera imposición íntima y ello no obsta, para que días después, durante las festividades del «Carnaval chico», vuelva a entregarse a verdaderas orgías báquicas.

II

Allá por el año 1911 varios paisanos residentes en El Timbó, decidieron lucirse en los «Carnavales». Organizaron una comparsa y vestidos, o más bien desnudos —al supuesto uso indio—, con grandes plumeros multicolores, a manera de corona y de sombrero, sin que faltara la guitarra, la caja y la bandera, montados en sus potros, se largaron a las fiestas.

Iban desparramando coplas, e iban a la vez recolectando monedas, tributo espontáneo y nunca despreciable de sus admiradores. Deteníanse, por instantes, en uno que otro «carnaval» y a la orden del Curaca (2) o endilgaban una estrofa o «refrescaban el garguero». Y así llegaron hasta los «carnavales» de La Reducción (Dpto. de Famaillá),

(2) Curaca: Cacique.

cuya fama se había extendido por toda la provincia. Allí pasaron la noche del Domingo para entregarse, durante los dos días subsiguientes, a las más desenfrenadas orgías.

El «tomo y obligo» y las «saludadas» (3) no dejó de oírse ni por un instante. Eran guapos y demás está decir que tampoco les faltó compañeras...

Y al atardecer del día Martes, borrachos todos como estaban, se habló del regreso:

—Quedémose; dijo uno. Mañana es el «día del pulpero»...

—Y debimos ir a misa; agregó otro.

—Nó, yo me güelvo áura; sostuvo el Curaca y, tambaleando, se llegó hasta su potro ya ensillado, al que logró subir después de no pocos esfuerzos.

En vano insistieron todos para que quedara.

—Debís purificarte.

—La Virgen de esta Iglesia es muy milagrosa. Es la Virgen del Valle.

Todo fué inútil. El Jefe del grupo hizo oídos sordos a todos los pedidos y canturriando bajito, se alejó del «carnaval» entre el bullicio y las despedidas...

(3) «Tomo y obligo» y las «saludadas»: El criollo norteño gusta beber siempre en compañía de algún amigo. Al tomar la copa, musita: «Tomo y obligo», quedando moralmente su compañero obligado a hacer lo propio, ya que negarse a beber, en tales circunstancias, equivale a un desprecio de tal calibre, que puede originar una tragedia. Al aceptar el convite, chocan las copas y agachando las cabezas se saludan deseándose mutuamente buena suerte. A esto último es lo que se denomina las «saludadas».

III

Era una de esas noches nuestras; noche clara cuajada de luna; noche limpida y serena que invitaba a embriagarse de música... de poesía, y... balanceando como péndulo la cabeza, entonando ora una vidalita, ora un aire, así volvía a sus pagos el cacique campechano, después de tres días de incesante fiesta. Había soltado las riendas y, el potro, con trote corto, seguía adelante guiado solo por su propio instinto.

Ya habían dejado atrás a la ciudad dormida y seguían avanzando...

El jinete, ebrio como estaba, por instantes se dormía y, despertando de súbito, aturdido aún por el ruído de las cajas y los acordes de la música, entre dientes mascullaba:

Por esta calle a lo largo,
juran que me han de matar;
con un cuchillo de palo
no sé si podrán cortar.
.....

Y así llegó hasta «La Aguadita». El río estaba crecido y los rayos de la luna, reflejados en las aguas turbulentas, parecían filones de plata.

El paisano, predisuelto por la borrachera, se hallaba en condiciones de acometer las más descabelladas empresas. Por eso, al contemplar el oleaje, se empeñó en atravesar el río. Tomó las riendas hasta entonces sueltas, y castigando al caballo se hundió en las aguas. Una ola furiosa lo cubrió por

un momento; vino después otra y vinieron muchísimas más. Las aguas lo arrastraban. Piafaban el potro. La sensación de frío, apenas si despejó la mente del paisano, quien, como entre sueños comprendió lo amargo de su situación.

Quiso desprenderse del animal, más era tarde; enredóse entre los estribos y una nueva ola volvió a cubrirlo... ¡Socorro!... ¡M' áugo!... ¡Socorro!... ¡Socoorrro!... ¡Socoorrro!... retumbó en el silencio de la noche cuajada de luna y después... ¡Nada!... La correntada terminó con jinete y con caballo...

Fué una de esas noches nuestras; noche limpida y serena que invitaba a embriagarse de poesía... de música; el río estaba crecido y los rayos de la luna, reflejados en las aguas, parecían filones de plata.

IV

Días después se supo la tragedia. Y los amigos a quienes no quiso oír, sentenciaron:

—No se purificó. La Virgen lo maldijo. Eso es tutto.

—Así nomás hai ser; confirmaron las «cumas». (4)

Y todo se olvidó.

V

Cuentan las viejas abuelas que desde entonces; todos los años, la Noche del Martes del Carnaval, en

(4) «Cumas»: Comadres.

las aguas de «La Aguadita» se oye el lejano piafar de un potro y se oye, —también—, una voz que clama angustiosa:

—¡Socorro!... M' áugo!... ¡Socorro!... ¡Socoorrro!... ¡Socoocorrrro!...

Y dicen que se trata del «aparecido» que, con sus gritos, quiere solo hacer recordar su triste suerte por no haberse purificado un «Miércoles de Ceniza».

La Laguna del Cerro Bayo

Cuenta una vieja crónica, que allá por el año 70, Don Pepe Aráoz, Don Jorge Macloux y el chileno Pedro Ayala, decidieron efectuar una expedición hacia el Cerro Bayo, a fin de explotar una fabulosa mina de oro y plata, por ese tiempo muy mentada entre el paisanaje. Agrega la crónica, que los viajeros, después de hacer jornada en lo que es la población de Villa Quinteros, enfilaron derecho al poniente; ya que las minas del Cerro Bayo se encuentran situadas frente a las minas del Fuerte, en las proximidades de lo que siglos ha, fuera la maldita ciudad de Ibatín. (1) Y termina esa añeja crónica dando noticia de que los expedicionarios, cansados de errar por entre breñas y montes en busca del fantástico tesoro, decidieron postergar su intento, dedicándose al negocio de maderas con el cual enriquecieron para gloria y prez de sus descendientes.

(1) Ibatín: Antiguo nombre de lo que es hoy la ciudad de San Miguel de Tucumán, emplazada anteriormente en la zona descripta y de cuyo traslado al lugar donde se encuentra acaba de celebrarse el 250 aniversario. La gente que puebla la zona sur de nuestra provincia, sostiene que el traslado de Ibatín, obedeció a que dicho pueblo fué maldecido, circunstancia por la cual todos sus habitantes o eran enanos o sufrían de tremendos "cotos". Históricamente está comprobado que esto último era cierto, debido a la pésima calidad del agua, que originaba este mal.

Mas hay una tradición más vieja aún. Una tradición que no nos habla de las minas del Cerro Bayo, sino de la maravillosa laguna que duerme en su falda y que, con resplandores de plata, ilumina toda la comarca. De una laguna, rica en oro, plata y pedrería y cuyo seno, con marcado celo, cuida siempre una hermosa Virgen desnuda, de blondo pelo, de escultóricas formas, de blancura alabastrina y que, en las tardes de verano, gusta salir de las aguas para recostarse en las orillas y peinarse mientras es acariciada por los rayos del sol en su apogeo.

Y cierta leyenda refiere que muchos, muchísimos años ha, un paisano de «armas llevar»⁽²⁾ montado en su potro, para ver si era cierta la historia, enfiló para la laguna del Cerro Bayo. Iba meditabundo. No tenía miedo. «¡D' ande, chala' i choclo habia'e ser!»⁽³⁾, pero le habían dicho que si no rompía el «encanto» de la laguna, ésta terminaría por tragarlo. De ahí que, por instantes, hasta se sentía deprimido. No le faltaba coraje ni fuerzas; más... ¡Juey pucha!, era el grito que lanzaba al sentir flaqueza y, hundiendo las rústicas espuelas en las verijas del noble bruto, revoleaba el rebenque, emprendiendo un fugaz galope por en medio de los pastizales y de las matas. Y así vagó varios días, hasta que en uno de ellos, cuando el sol marcaba las doce, se vió muy cerca, casi junto a la

(2) "De armas llevar": Dícese al hombre valiente y audaz.

(3) "Chala i' choclo habia'e ser": expresión muy nuestra, que se la usa para significar que contrariamente a lo que se supone, un individuo u objeto vale algo.

laguna do —según la tradición— un cacique indio arrojó todas sus riquezas, para evitar que éstas fueran a manos del duro conquistador hispano.

Apeóse del caballo; armó su lazo de tientos y, recostándose en una piedra, dejó transcurrir casi una hora. Esperaba ver surgir de entre las aguas a la virgen guardadora del tesoro y le animaba la íntima y profunda esperanza de apresarla. Y la vió aparecer; pero sus blondos cabellos refulgentes cual rayos del sol, lo cegaron por largo rato. Cuando recobró la vista, Ella ya no estaba... había vuelto a ganar su refugio en el fondo de la fantástica laguna...

El paisano quedó sin saber que hacer. Reflexionó unos instantes y con súbito valor, montó al caballo para ganar las aguas. Las patas del potro no las habían tocado aún, cuando el héroe de esta historia alcanzó a ver en la cenagosa orilla, algo que brillaba en forma extraña. Su sorpresa fué la de un loco. Bajó del caballo y hundiendo sus manos en el lodo, tomó el extremo de una cadena. La examinó unos instantes y un grito de alegría resonó como clarinada triunfal. ¡Era de oro!... ¡Había descubierto el tesoro del cacique indio!... Dueño de si mismo, despaciosamente comenzó a extraer los eslabones, más ¡oh misterio!, la cadena parecía interminable y cada vez volváse más gruesa y más pesada. Cansado de la tarea, decidió atar la cadena a la cincha del animal y, nuevamente sobre su cabalgadura, quiso intentar desenterrarla de una vez por todas o romperla si ello era necesario. Vano afán. No habían andado más que una cuadra cuan-

do caballo y jinete sintiéronse desfallecer. Parecían como «apunados» ⁽⁴⁾, e inútiles fueron todos los esfuerzos para seguir adelante. El peso de la cadena era enorme. Ahora había que librarse de ella a toda costa. El paisano quiso descender para desatarla, más no pudo. Le faltaban fuerzas. Sus miembros parecían entumecidos; estaba inmóviles y de su nariz, su boca y sus orejas, comenzó a manar sangre. Apenas si pudo continuar sentado. Hubo un momento de trágica angustia. El hombre de «armas llevar» se encomendó a Dios y cerrando los ojos, con gritos entrecortados, incitó al caballo para que marchara adelante. El potro comenzó a agitarse, a andar y siguieron instantes de amarga expectativa. Cuando por fin volvió a abrir los ojos, un lamento agudo escapó de su garganta e inundó todos los cerros. ¡La cadena los arrastraba ahora hacia la laguna! Eran prisioneros de ella y librarse parecía intento vano...

El cielo, hasta entonces claro, tornóse oscuro como cuando una tormenta y, súbitamente, a lo lejos, oyóse el canto de un gallo al que siguió un mugido también lejano.

El paisano, fuera de sí, lívido de miedo, hizo un postrer esfuerzo. Saltó del caballo; miró en redor y no vió nada. Lanzó un nuevo grito que retumbó en la comarca toda y, como loco, echó a correr por entre las breñas...

(4) De puna: mal de las alturas, cuyos efectos son los que señalo a través del relato. Para combatir este mal se acostumbra mascar hojas de coca.

De pronto, cobrando valor, dió vuelta la cabeza y miró hacia la laguna del Cerro Bayo. ¡Ya no estaba su potro amigo! ¡Se lo habían «tragao» las aguas!... Sereno, con tristeza, contempló desde lejos a la fantástica aguada y, otra vez vió surgir de ella a una virgen blonda que, peine en mano, acariciaba su larga cabellera y que al hacerlo, reía con gracia infantil... con gracia infinita...

NOTAS

Esta leyenda, conocida también por nuestro paisano bajo los nombres de “El peine de oro” y “La laguna del tesoro”, recuerda a la de la encantadora c maga Lorelei, que residía en la roca del mismo nombre, que se eleva casi verticalmente al lado del Rhin, entre Sankt y Oberwesell, por lo que no es aventurado destacar que se trata de una versión más, sobre el demonio del río o de la laguna.

Como dato curioso a la par que ilustrativo, es de destacar también, que en todas las tradiciones de América que hablan de tesoros ocultos en las entrañas de los lagos y ríos, se señala que éstos han sido arrojados para evitar que caigan en manos de los conquistadores. En la historia de la Conquista de Méjico se nos informa que Gualtimozin arrojó sus tesoros y sus armas a un lago, antes de entregarse a las tropas de Cortes. (Jean Babelón. Hernán Cortés. Pág.: 225).

Nadie ignora tampoco y, posiblemente sea este el origen de la leyenda de “La laguna del Cerro Bayo” que Huáscar, cuyo nombre significa “dueño de la cadena”, era poseedor de una cadena de oro de tales dimensiones que rodeaba la ciudad de Cuzco. Al tener que pagar el fabuloso rescate exigido por Atahualpa de quién fué prisionero, prefirió arrojar esta cadena —según creo—, al lago Titicaca, donde muchos suponen que aún se encuentra. En torno a esta cuestión no hay criterio uniforme. Hay quienes señalan que la cadena de oro de los Incas se componía de anillos del

grueso del brazo de un hombre y era de tal longitud que daba dos veces la vuelta a la gran plaza de Huacapata. La misma habría sido guardada en la fortaleza de Cuzco, destruida por los buscadores de tesoros.

Es de hacer notar igualmente, —y esto tiene muchísima importancia para un profundo estudio de psico-etnografía— que el aborigen de los valles calchaquíes y en general, el que pobló la región norte de nuestro país, tuvo también una leyenda muy semejante a la de las Sirenas de la Mitología Griega. Ella llegó hasta nosotros bajo el denominativo de “Mayuj-mama” o sea la madre de los ríos. Aún hoy, es creencia popularizada entre los pescadores norteños que el ruido de las aguas, producido por las crecientes, tiene su verdadero origen en el paso de la “Mayuj-mama” y es debido a ello, que muchas veces, se abstienen de pescar en tales circunstancias, temerosos de irritar a ese ser fabuloso que pintan en la forma que he descripto a través de la leyenda de “La laguna del Cerro Bayo” o como una serpiente de fantásticas proporciones.

“La Mul’ Anima”

Referencia en torno
a esta leyenda :: ::

No he de efectuar un relato detenido en torno a la leyenda conocida bajo el nombre de «La Mul' anima»; una de las expresiones más difundidas de nuestro folklore. Otros escritores se han ocupado ya de la cuestión y, a decir verdad, lo han hecho con galanura difícil de igualar. Es así como el gran maestro Ricardo Rojas, Luis L. Franco y Exequiel Díaz, entre otros, han escrito en redor de esta leyenda páginas llenas de emoción a las que han sabido dar también un sabroso gusto regional.

«La Mul' anima», es de origen hispánico y su mito es conocido en casi todas las provincias argentinas, donde apenas si difiere en el nombre. (En Corrientes y el Chaco lleva la denominación guaraní de «Tatá Hujá»).

Juan B. Ambrosetti al hablar de «la mul' anima» señala que se la presenta «en forma de mula que anda de noche echando fuego por los ojos, tascando el freno, corriendo por todas partes y produciendo grandes ruídos con los que espanta a los otros animales» (*Supersticiones y Leyendas*. Pág. 51). Por su parte el Dr. Emilio Catalán, refiriéndose a esta leyenda, conocida también en nuestra provincia con el nombre de «nina-mula», dice: «Nació de las relaciones sexuales de los sacerdotes. Se llama «mulas» a las amantes de éstos y se asegura que los hijos de esta unión espuria vienen siempre a la vida ostentando alguna señal denunciadora de su origen

sacrílego». («La Brujería penada con la Hoguera en el Tucumán Colonial»). Asimismo no son pocas las gentes que afirman que transformándose por la noche en «Mul' anima», la mujer paga sus culpas por incestuosa.

A través de lo expuesto se deduce fácilmente que «la Mul' anima» es la resultante del «hechizo» conque castiga el Diablo a la mujer sacrílega e incestuosa. Y, existiendo el maleficio, debe existir, lógicamente, la forma de anularlo. Esta consistía en quitar el freno a «la Mul' anima», tarea no muy árdua, ya que el extraño animal corría siempre con la cabeza baja y ladeando la oreja. Sin embargo esta misión piadosa tenía su inconveniente: se aseguraba que quién lograba este objetivo moría al poco tiempo.

Asimismo, debo dejar consignado que la leyenda en torno a «La Mul' anima», es una de las pocas que aún conserva el bajo pueblo tucumano, entre el cual es frecuente oír hablar de esta cuestión, siendo no pocos los que afirman, no sólo haberla visto, sino también intentado arrancarle el freno.

En el Departamento de Cruz Alta existe un mito conocido con el nombre de «Alma-mula» y, según creo, no es más que una variación de esta leyenda. Un vecino de «La Florida» me aseguraba que hace cosa de treinta años, era frecuente ver por esos lu-

gares, —sobre todo en las noches claras—, a una enorme mula, montada por un jinete totalmente emponchado, que caminaba por los alambrados dando la impresión de que el cuerpo se separaba en dos partes, sin que esto le causara el menor daño. Cuando alguien intentaba aproximarse hasta el animal, éste desaparecía en forma misteriosa.

El Velorio del Angelito

Un arco de maderas y ramas, adornado de flores de papel de los más variados matices era conducido por dos chiquilines. Debajo del arco, otro chiquillo llevaba una cruz de madera de regular tamaño y también adornada con flores de papel. Venía después el ataúd, conducido a pulso por varios paisanos y, trás él, las personas que componían el cortejo. Aquello, que a primera vista, parecía una típica fiesta lugareña, era el sepelio de una criatura en un apartado rincón de la provincia de San Juan...

En Tucumán y Santiago del Estero, el culto a los niños muertos, a los «angelitos», por decir mejor, reviste caracteres bien distintos. Al respecto, mucho se ha dicho ya, pero todo, desgraciadamente, resulta poco para condenar esa práctica primitiva y salvaje, cuya finalidad única es la de justificar orgías y fandangos propias de trogloditas. No importa que el muerto sea un recién nacido o un niño de siete años. En ambos casos, es un ser que «entuavia no ha pecao» y que en consecuencia «vuela» derecho a la Gloria. Esto es un acontecimiento de gran trascendencia para todo «buen cristiano». A toda costa hay que celebrarlo. Hay que organizar el consabido baile y mientras más dure, tanto más lo agradecerá el «angelito», cuyo cadáver, presidiendo el jolgorio, poco importa que se pudra.

Uno, dos, tres, cinco, siete días de continua fiesta en torno al pobre muerto ¿que es esto?, cuando la «dueña» del «angelito» ha tenido la suerte de encontrar un pulpero amigo a quien «alquilárselo» por quince o más días, para que —con el infame pretexto— reuna al criollaje que se entrega por completo a las libaciones en fiestas que tienen de tales sólo el nombre, pues hablan de la más grande incultura; de la barbarie hecha carne...

La escena tiene lugar en un lejano pueblo del Departamento de Burruyacú. Apenas si hace de esto pocos, muy pocos años. Sus moradores son seres ajenos a la época. Parecen bestias más que humanos. Ha muerto un «angelito» y desde hace días se hallan entregados al baile, que, por momentos, adquiere los contornos de un diabólico concilio. Se oyen risas, gritos y, de vez en vez, profundo silencio para que el guitarrero borracho, bordoneando el instrumento, entre babas endilge coplas en honor al que «ha volao». Después, ruídos de caja, de bombo, sonidos de violín, parejas que danzan y nuevamente gritos, carcajadas mezcladas con llantos y fantástico desorden. Es el «baile del Angelito»... ¡El trágico «baile»!...

En el interior del rancho, yace solo el «angelito». El cadáver envuelto en una mortaja de lienzo, prácticamente ha desaparecido entre las flores, puntillas y cintas que le dedican las comadres. Apenas si deja ver su rostro. El ataúd no puede ser más rústico: ha sido hecho de cajones viejos. ¡No había dinero para más! Los padrinos están pobres

y hay que conformarse con que afronten los gastos del velorio. Unos pocos cabos de sebo, colocados en torno del cajón, alumbran el lúgubre cuadro...

En una pared cuelga un Cristo de dulce y manso mirar...

—Pasan a ver al «angelito», grita una desde la puerta.

—«Don», tóquele algo; agrega otra dirigiéndose a un músico.

Ambas ríen y sus risas parecen graznidos que se pierden en los montes.

A fuera, bajo un techo de vieja arpillería y de lienzos blancos, donde cuelgan estampas de santos, banderolas de papeles de colores, hojas y flores, se forma una ronda cada vez más densa, cada vez más bulliciosa.

Se dejan oír de pronto los acordes de un violín acompañado por golpes de caja o de bombo y, las parejas se entregan a las danzas y a las libaciones. El espectáculo adquiere los contornos de un cuadro que avergüenza.

Adentro, un pobre chiquilín muerto. Afuera, un fandango bárbaro que celebra el acontecimiento.

Pasan las horas; todos están borrachos. La madre ríe, baila, acepta las pullas de los guazos. El padre, tirado en algún rincón, blasfema y llora. Algunas comadres lagrimean recordando a sus «angelitos» muertos y se llegan entonces hasta el féretro, donde, a moco tendido, comienzan a hacer «recomendaciones» y, para asegurar el viaje del niño, a la par que para aminorar sus propios pecados:

dos, hacen los «siete nudos» en el cordón puesto sobre la mortaja.

Y sigue la fiesta. Las copas de aguardiente van y vienen. El vino tampoco se deja esperar y, en torno a improvisados fogones, se toma mate, se come empanadas y la clásica «tortilla al rescoldo».

De vez en vez, un paisano templa su guitarra y en medio de un profundo silencio ensaya una copla dedicada al muerto. Algunos forman coro y repiten la estrofa. El «padrino» no puede de contento y hace tiros al aire. Después nuevamente los gritos inundan todos los ámbitos.

Al amanecer—, es ya el séptimo día de continuo baile—, como no pueden «alquilar» ni «prestar» al «Angelito». ¡Lo que son las «autoridaces», que ni a los muertos rispetan!, debe enterrárselo. El guitarrero le dedica una última y mala estrofa:

Allá te vais, señor Angelito,
al cielo derecho volando,
y en «el» pata llevais colgando
los ramos de flores que te
ha dao el padrino...

E inicia la marcha hacia el Cementerio. Prime-
ro el cadáver, luego los músicos y más allá la con-
currencia. Tres parejas presiden el cortejo y van
bailando entre los gritos y las risas de los restantes.
Poco a poco las filas ralean, y cuando ya cerca de
la necrópolis, no queda una mujer. Se sigue bebien-
do, se canta, se grita y así se llega hasta la fosa
do, en un íntimo acto de barbarie sin nombre,
arrojan al muerto entre alaridos de gozo...

NOTAS

La descripción que he efectuado apenas si es un pálido reflejo de lo que en realidad eran los “bailes” del “Angelito”, que hoy, felizmente, parecen haberse olvidado en nuestra provincia. No solo se hacían fiestas de puro tinte pagano, sino que también se prestaba o alquilaba al muerto para que otros pudieran hacer idénticos festejos. El cadáver rodaba así de rancho en rancho y de pulperia en pulperia hasta que, en estado de completa putrefacción, era por fin enterrado. Si al producirse la muerte los padrinos del niño estaban ausentes, era menester esperarlos a toda costa, para dar comienzo al baile. Se colgaba el cadáver a la sombra de un árbol o se lo enterraba en las proximidades del rancho, para sacarlo el día en que éstos arribaran.

En los “bailes” que nos ocupan, las mujeres debían lucir sus vestidos más anchos para que al danzar hicieran viento, facilitando en esta forma el vuelo del “angelito”. La madre no podía llorar porque sus lágrimas irían a mojar las alas del niño muerto.

El señor Domingo Maidana, en una nota sobre el particular, aparecida en el diario “La Gaceta” de Tucumán, nos informa detalladamente sobre este extraño culto. A través de la misma he podido conocer las siguientes coplas en honor al “angelito”:

“Al pronunciar esta letra
primero digo el Bendito,
también pido que me atienda
la madre de este angelito.
En nombre de Dios comienzo
y en nombre del Señor
vengo a celebrar este angel
que está gozando de Dios”

.....

“Angelito de mi vida,
llorando gotas de vino,
en el cielo y en la tierra
rogarás por tu padrino.
Madrecita de mi vida,
ya basta para llorar,
no me mojes las alitas
que no he de poder volar”.

.....

“Angelito de mi vida,
nacido en esta campaña,
ya se vá su hijo querido,
nacido de sus entrañas.
Esta noche veo una luz,
mañana estaré en lo obscuro,
por eso digo cantando:
¡Qué vueltas tiene este mundo!”

.....

Dentro de la medicina popular también se explota la muerte del “angelito”. Los cabos de sebo que sobran del velorio, son arrebatados por las mujeres para combatir los dolores de cabeza. Los que sufren de lobanillo, se hacen pasar el dedo mayor del pie del “angelito”. Las viejas con coto se pasan en cruz, por el lugar afectado, las manecitas del pobre muerto.

Entiendo que “El Velorio del Angelito” no es más que lo que Tylor llama una *sobrevivencia* de alguna antiquísima creencia. El baile debe aceptarse como una ceremonia puramente religiosa, ya que los pueblos primitivos creían que era ésta una forma de identificarse con la divinidad.

Las “recomendaciones” prueban por otro lado que nuestros aborígenes creían en la *sobrevivencia* de la persona humana, a quien enviaban mensajes terrenales.

Los “Tapados”

La leyenda de los «tapados» —palabra que comprendía la expresión tendiente a significar la existencia de un tesoro oculto— data de muchos siglos ha, pero ella tuvo su momento álgido cuando la expulsión de los Jesuitas de América.

En toda la extensión de nuestro continente la credulidad popular hízose eco de las fabulosas versiones que se echaron a correr en torno al fantástico poderío económico de estos religiosos. Y el pueblo tucumano no pudo sustraerse a ellas. Pueblo primitivo, de credulidad infantil, de mentalidad estrecha y por sobre todo, pueblo aborigen agobiado por la miseria, es indudable que en su fantasía, propia del habitante de tierra cálida, entreviera la posibilidad de salir en forma por demás rápida de su misérrima situación. Todo se reducía a desenterrar las riquezas de los jesuítas, labor a la que debemos suponer no pocos se entregaron. Vino el fracaso y con el fracaso la leyenda adquirió forma definitiva. A su carácter primitivo, que sólo se reducía a enunciar la posibilidad de un hallazgo fabuloso, se agregó entonces el factor sobrenatural y fué así como surgieron infinidad de relatos alrededor de los «tapados». Todos ellos, en consecuencia, tienen un origen común y, se concretan en la innata aspiración humana de enriquecerse presto, así sea por medios que nuestro grado de cultura alcanzada, tilde ridículos.

Más, no queda en esto la cuestión. Todos los relatos que hablan de algún «tapado», señalan también apariciones misteriosas y hechos que revelan supersticiones propias de un pueblo sumido en la más profunda ignorancia.

En las diferentes leyendas en torno a los «tapados», juega un papel preponderante la «luz» o la «lámpara» y de ahí que resulte aceptable cierta versión relativa a «El Farol», que señala la posibilidad de que esta aparición misteriosa, que para muchos es la revelación de un crimen inaudito, ya que tras él, según cuentan, va siempre una bolsa repleta de huesos humanos testificadora del delito, no sea más que un medio indicador del lugar donde se encuentra un tesoro que, cansado de dormir en las entrañas de la tierra, anhela hallar una mano amiga a quien entregarse mansamente.

De todos los relatos en torno a esta cuestión, es indudable que los que más se han infiltrado en la credulidad de nuestro pueblo, son aquellos que se refieren a «Las lomas de Monte Rico» o Monte Bello y, los que hablan de la fantástica «Laguna del Tesoro». Las primeras se hallan ubicadas entre las localidades de Aguilares y Alto Verde y en redor de las mismas, nuestro distinguido comprovinciano, el Dr. Pantaleón Fernández, ha escrito una de sus más bellas páginas. (*«Revista de Derecho, Historia y Letras*. Año 1909. T. XXXIV - Pág.: 413).

En cuanto a la «Laguna del Tesoro» que unos ubican en las proximidades de Monteros, que otros colocan en el corazón de nuestras montañas o en las ruinas de la legendaria ciudad de Esteco, qui-

zás no sea más que la «Laguna del Cerro Bayo» de la que ya nos hemos ocupado, o bien el arroyo que corre por en medio de las lomas de Monte Rico y, cuyo cauce —según el relato del ya nombrado Dr. Fernández— desviaron los jesuítas para enterrar sus riquezas.

En lo que atañe a la «luz» o la «lámpara», debo significar que ella es la culpable del fracaso de toda tentativa tendiente a rescatar estos tesoros ocultos. Es la «luz» la que se le aparece siempre al buscador de tesoros, como indicándole rumbos y, es ella, la que al parecer, enclavada en la noche, comienza a agitarse, a moverse y a perseguir al «curioso», hasta atemorizarlo y lograr hundir su cerebro en las tinieblas de la nada, estigmatizándolo así por buscar «tapados», cuando al único y al más grande debió hallarlo en el trabajo.

NOTAS

Sostiene nuestra gente de campo que los fenómenos que nosotros definimos con el nombre de fuegos fátuos, son originados por las emanaciones de gases que se desprenden de los metales enterrados y en especial del oro y de la plata. La aparición de una «luz» o una «lámpara» es el anuncio cierto de la existencia de un tesoro, que si nunca se dá con él, es debido a que los gases que hacemos referencia son en extremo tóxicos y que, en consecuencia, el solo pretender desenterrar un «tapado» provoca la muerte de quien cometió semejante osadía. Para librarse de este maleficio, se aconseja a los buscadores de tesoros, taparse la boca y la nariz con un pañuelo empapado en vinagre.

En cuanto a «El Farol», estimo que no es sino otra manera de definir a los fuegos fátuos. En torno a su nombre son innumerables las leyendas y al no especificar ninguna de ellas, lo hago, simplemente, en el afán de no

repetir lo que ya varios escritores, con mayor capacidad que la del autor de este volumen, han dicho.

Finalmente, y ya que de luces estamos hablando, debemos señalar que existe otra categoría de este género. Son, en contraposición a las nombradas, las "malas luces", que nuestros paisanos definen como el alma de los muertos que están "penando" sus culpas y, al hacerlo, vagan por el éter en el afán de atemorizar a todos los humanos y, en especial a aquellos que en más de una vez dieron muestras de su incredulidad.

La Carreta de Tucumán

La leyenda de la Carreta, contrariamente a lo que suponen casi todos los que la conocen, no nos pertenece. Ello llegó a nuestras tierras, —como llegaron muchas otras—, en el bagaje de los que vinieron allende el Océano para poblar nuestra patria, entregando a ella, no solo el esfuerzo de sus brazos, sinó también todo el encanto de sus creencias y supersticiones.

La Carreta, entre los labradores de la Baja Bretaña, marcaba el final de una vida y, al hacerlo, paseaba por las vecindades cubierta con un lienzo blanco, conducida por espectros y dejando oír el ruído de sus ruedas. Aquí la leyenda sufrió las transformaciones necesarias para adaptarse al medio ambiente y...

Corría el año 1903. En las noches tenebrosas de ese entonces, proveniente de «El Bajo», aparecía por la calle Lamadrid, una carreta. Llegaba a la calle Alsina y pasando la media cuadra se perdía en la noche, haciendo un ruído extraño; un ruído que sembraba espanto; un ruído de cadenas que lentamente se arrastraban por la calleja desierta. Era la Carreta de Tucumán; era la misteriosa carreta que rompía el silencio de las noches con el chirrido de sus ruedas evocando, al hacerlo, un crimen y hablando a la vez de un hombre sin entrañas que pagó con su vida el no respetar la de los otros.

Era un tropero que se ganaba la vida transportando mercaderías de una provincia a otra. Su fama de hombre malvado corría de Norte a Sud. Todos sabían que explotaba miserablemente a sus peones; todos sabían también, que gustaba quedarse con lo ajeno, por eso, más de uno le sentenció una mala muerte.

Una noche durmióse sentado en la carreta y al siguiente día, allí se lo encontró con el corazón atravesado por un puñal. Lo habían asesinado.

Sin familia y sin nadie que le rezara un responso, así fué enterrado el tropero. Su carreta abandonada en un sitio baldío de la calle General Paz, permaneció allí por espacio de muchos años, hasta que un día el progreso barrió con ella, para no dejar más que un recuerdo trágico grabado en muchas mentes.

Sobre aquella carreta se tejieron los más espluznantes relatos. Afirmaba la gente que muchas noches, el ruído de sus ruedas rompía la quietud provinciana de nuestra ciudad, para llevar a todos los espíritus un no sé qué de angustia y miedo. La Carreta de Tucumán fué así un anuncio de muerte. Su paso era una agorería trágica que oprimía el corazón y anudaba las gargantas. Todos aseguraban haberla visto. Su existencia era real. Más de una charla fué rota por el ruído de sus ruedas y, sin embargo, nadie sabía relatar su paso. El ruído de las ruedas... ¡El ruído de las ruedas!... eso era todo.

En la calle Alsina, casa hoy señalada con el número 520, vivía por ese entonces un señor ape-

llidado Córdoba y hasta quién habían llegado los más fantásticos relatos acerca de la Carreta. Incrédulo como era, una noche decidió permanecer alerta para poder así comprobar por cuenta propia, cuanto había de cierto en todo lo que se murmuraba.

Había pasado ya la media noche y como sus familiares notaran que no regresaba, salieron en su busca. Grande fué la desesperación al hallarlo en el suelo, en medio de un gran charco de sangre y con los ojos enormemente abiertos por el miedo. Al principio lo creyeron muerto; más luego, viendo que jadeaba le prodigaron solícitos cuidados hasta lograr reanimarlo. No obstante, la agorería trágica debía cumplirse. Tres meses más tarde, el protagonista de este hecho moría, llevando grabada en sus pupilas la visión dantesca de la Carreta de Tucumán.

Según se dijo luego, días antes de exhalar su último suspiro el moribundo llamó a sus familiares y, como un alucinado, con voz cavernosa y fría, les refirió lo que había visto aquella noche horrible. Apenas si habían dado las doce, cuando una carreta tirada por espectros dejóse ver en la calle. Por toda carga llevaba un cajón dentro del cual veíase un cadáver rodeado de cirios encendidos. El espectáculo era aterrador, y el ruído... el extraño ruído de las ruedas de la Carreta... ese ruído que embotó su cerebro, era un ruído de ultratumba... un ruído de muerte... un ruído de huesos, al chocar contra el suelo en macabro y fantástico desorden...

NOTAS

Son varias las versiones que circular en torno a la "Carreta de Tucumán" o "La Carreta fantasma". He de hacer notar, asimismo, que esta leyenda es muy parecida a la del "Jalenche", navío fantasma que los habitantes de ciertas islas chilenas creen ver en las noches de tormenta.

En respecto a las versiones circulantes, una de las que reviste mayor interés por su carácter netamente jesuítico, es la que cuenta el ilustre folklorista Don Juan Alfonso Carrizo (Florilegio - Cristianismo en los cantares Populares Pág. 112). Sobre el particular dice:

"Cuentan los paisanos, que un capataz de carros, ordenó a sus peones que al alba estuvieran listos para iniciar la marcha y al dar las ¡buenas noches! no dijo. ¡Si Dios quiere! Como uno de los carreros le observara este gesto de soberbia, el capataz lo reprimió. Al día siguiente, cuando todos estaban listos para partir, notaron que el capataz maldiciente dormía, lo trataron de despertar pero fué en vano, el capataz quedó dormido para siempre víctima de su soberbia.

Relacionada con esta leyenda, Don Juan Alfonso Carrizo en el citado libro, nos dá a conocer las siguientes décimas:

Es memorable la historia
de un caso, que ha sucedido,
de un hombre que se ha dormido
para su eterna memoria.
No tiene pena ni gloria
por su orgullo y vanidad,
la Divina Majestad
le ha mandado este castigo
que tiene que estar dormido
hasta el Juicio Universal.

— 74 —

Dormido se mantiene él,
pero no come, ni bebe;
porque así Dios lo sostiene
con su divino poder.
Así El nos dá a entender
a los vivos que han quedado,
que pueden ser castigados
hasta el último momento;
esto sirva de escarmiento
a los vivos que han quedado.

Todos lo ven que está vivo,
que tiene el alma en el cuerpo,
y con pulso y movimiento
está hecho piedra y dormido.
Así se halla sumergido,
sin precisar alimento;
tan sólo esperando el tiempo,
que le tiene que llegar,
en que lo venga a juzgar
el Juez de vivos y muertos.

Porque con soberbia voz
él exclamó en su maldad
con orgullo y vanidad:
—¡A madrugar más que Dios!—,
el castigo mereció.
Y, dándonos así ejemplo,
Dios lo dejó en el momento
en un letargo profundo
hasta que se acabe el mundo,
dormido, para escarmiento.

— 75 —

;Uturuncu!

El siglo XVI fué el de la Conquista. Durante el transcurso del mismo, la penetración militar de los enviados por la corona de España, juntamente con los de la Iglesia, tuvo por objetivo primordial el sometimiento de los aborígenes, ya por la espada o por la Cruz.

Desde el descubrimiento de América y las sucesivas expediciones que reconocieron las costas del sud, los Reyes Católicos se impusieron la tarea de convertir al cristianismo a nuestros aborígenes, a la par que de la constitución de un imperio de poderío espiritual y económico tan grande que con Carlos V se llegó a decir que «en sus reinos no se ponía el sol». La Conquista absorbió un siglo y termina al 1600 con la fundación de la mayoría de las ciudades que, por efecto de las luchas, cambiaban continuamente de asiento, consultando su situación geográfica más la estrategia militar que la conveniencia de los pobladores.

El siglo XVII es más interesante desde el punto de vista del establecimiento de la colonia española, porque en él se afirmaron los principios de gobierno, se establecieron las divisiones políticas y geográficas de su territorio a objeto de desenvolver las Encomiendas y el repartimiento de los indígenas.

De como se llevó a cabo la Conquista y la labor colonizadora nos lo informa el inmortal argentino don Ricardo Rojas, quien en un artículo titulado

«La Gran tragedia de América ante España», emite estos formidables conceptos:

«América poseía una cultura autóctona. Ciento es que vagaban por riberas y pampas, hombres semidesnudos y bárbaros; pero también es cierto que a este lado del Atlántico, el conquistador halló dos enormes y bien regidos imperios. Los propios cronistas españoles del siglo XVI, dan testimonio de esa verdad, y ahí quedan para ratificarlas esas monumentales ruinas de Mitla, Palenke, Uxmal, Chichen-Itza, en Méjico y la América Central, o las de Pachacamá, Machu Pichu, Pisaac, Ollantaytambo, Sacsaywaman y Tiahuanaco, en Bolivia y Perú. Muchas de estas reliquias pertenecen a una remotísima antigüedad y otras a la época del descubrimiento; pero todas aquellas piedras, restos de templos y palacios, impresionaron por su grandeza y su misterio, y han obligado a recordar de Egipto y de Asiria a los sabios arqueólogos que continúan estudiándolas. La ciudad del rey Moctezuma, tomada por Cortés, y la ciudad del rey Atahualpa, tomada por Pizarro eran cabezas de doce disciplinadas comunidades agrícolas en las que no hubo rateros ni mendigos y en las que no se atesoraba moneda, aunque el oro abundaba como simple ornamento.

Aquella civilización autóctona fué destruída por la Conquista, y en virtud de su brusca destrucción, América es el único continente que conoce la fecha cierta en que termina su prehistoria y comienza su historia. Sobre las ruinas monumentales, subsisten hoy sin embargo, numerosas lenguas indígenas e innumerables cantos precolombianos que nos dicen

a qué finezas y honduras llegó el sentimiento lírico de aquellas almas misteriosas.

La epopeya de la colonización venía guiada por la cruz cristiana de la fe, pero latían por debajo de ella los instintos predatores de la codicia y de la guerra. Crueldades hubo, y ciertamente aquel último rey del Cuzco no fué vencido en buena ley, y aquél último rey de Méjico no murió en un lecho de rosas. Más tarde en la exploración, en la encomienda, en la reducción, en la pesquería o en la mina los abusos continuaron por obra de soldados violentos, recién salidos de la gleba feudal».

Más adelante el citado escritor dice:

«A aquella violencia hecha a los siglos, fué un cataclismo que interrumpió las tradiciones indígenas de América, y con ello el proceso natural de su historia. Toda conquista necesita consolidarse por la fuerza, dominando a la raza local cuya inferioridad se postula para justificar la dominación; y la fuerza dominadora se ejerce no solo contra el hombre actual que la resiste, sino contra la memoria, el pasado que intenta sobrevivir»...

Y esta dolorosa verdad, que tan magistralmente pinta Ricardo Rojas, hizo que el aborigen viera en el conquistador hispano a una fiera ávida de la sangre a la par que ávida de riquezas y poderío. Y la capacidad analítica del indio de nuestros valles, definió a ese hombre como un ser humano con alma de bestia; como a un «hombre-tigre». Así llamó al Conquistador, y más de una vez, en la inmensidad de nuestras montañas y de nuestras llanuras, el trágico grito de ¡Uturuncu!... ¡Uturuncu!... fué

la anunciaciόn de la llegada de los españoles que, a sangre y fuego, venían a imponer una nueva cultura, una nueva religiόn, derribando para siempre los pedestales de antiquísimas creencias. Y si de todo esto apenas si quedó un recuerdo borroso; con el correr de los siglos, el «Uturuncu» sobrevivió en la mente de nuestro pueblo, para ser siempre un alma diabólica capaz de ser dominada solo con la violencia.

Así nació la leyenda del «Uturuncu»; así nacieron muchísimas otras leyendas hoy perdidas y que sólo tuvieron por finalidad el poner en evidencia toda la tragedia de nuestro pueblo, que si cayó dominado por el Conquistador, antes de serlo, regó estas tierras con su sangre generosa...

II

En la obscuridad de aquella noche, el ladrido lastimero de un «caschi» fué una agorería trágica. Una paisana salió de su rancho y, a lo lejos, en lo más alto de la montaña, vió fijos en ella dos ojos que eran más bien dos ascuas encendidas.

Un grito escapó de su garganta y cayó desvanecida, mientras que de allá, de lo más alto de la montaña, los dos ojos hechos ascuas, comenzaron a moverse; comenzaron a bajar, y al hacerlo, se inundó toda la comarca de un extraño hedor a azufre.

¡El Uturuncu!... ¡El Uturuncu trágico!... ¡El trágico Uturuncu! La diabólica bestia encarnación de hombre y de tigre, se presentaba esa noche bajo su condición humana, pero, fiera al fin, no pudo

dominar su sanguinario instinto. Llegó hasta el rancho; lo miró unos instantes con sus ojos de fuego y penetrando al interior del mismo, devoró a dos chicuelos que dormían plácidamente. Volvió a ganar la puerta y, al divisar a la mujer caída, intentó avalanzarse sobre ella, quizás para devorarla, quizás para poseerla... La mujer, reaccionando de su desmayo, dió un salto; miró hacia el rancho y loca de terror echó a correr en la noche, inundando la comarca con sus gritos y siempre perseguida por la extraña fiera. Así llegó hasta un corral donde dormían varios vacunos.

Ante las astas de los bueyes, la fiera quedó paralizada. La fuerza de su instinto se encontraba ahora frente a la fuerza de los bueyes. El maleficio parecía roto, más ¡ay!... en la lucha entre dos fuerzas, triunfa la astucia.

Cuando la mujer creyó verse libre del «hombre-fiera», un enorme tigre echando fuego por la boca y la nariz, puso en fuga a la novillada, que no se detuvo ni ante alambres ni ante nada.

La mujer estaba ahora terriblemente sola frente al tigre. Se aprestó a bien morir y, arrodillándose, elevó su mirada al cielo, entonando un rezo.

El tigre vaciló unos momentos. De pronto giró en redor de sí mismo y, saltando de loma en loma, de cerro en cerro, llegó hasta lo más alto de la montaña, desde donde, dando un rugido feroz, se despeñó cabeza abajo, hacia el abismo...

Y diz la gente, que desde entonces el «Uturuncu» aparece, de cuando en cuando, en lo más alto de la montaña, desde donde, bramando con furia loca con-

mueve a la comarca toda, que se inunda con un extraño hedor a azufre...

NOTAS

La primera concepción de esta leyenda, recogida en Los Rojos, (Departamento de Monteros), nos presenta en forma indubitable un curioso caso de metempsicosis. El Uturuncu no es más que un hombre con alma de tigre. Tylor, al hablar de "El mundo espiritual" (Antropología Pág. 415) dice:

"El que ciertos lobos o tigres feroces sean comedores de hombres se ha explicado por la creencia de que las almas de los malvados salían por la noche y se introducían en los cuerpos de las fieras para hacer presa en sus compañeros los hombres. Estos seres son los **hombres-tigres** y **hombres-lobos** que viven aun en la superstición popular de la India y de Rusia".

Decíame un viejo paisano, no sé con qué fundamentos, que el significado real de esta palabra no es otro que "venido de lejos", queriendo con ello poner de manifiesto que nuestro aborigen llamó así al conquistador. Agregaba, asimismo, que "Ucumar" no significa otra cosa que "venido del mar" por lo que uno y otro término tenían una acepción análoga.

Por su parte, el Dr. Lizondo Borda en su "Estudio de Voces Tucumanas" destaca que Uturuncu, significa "Tigre-hombre", por lo que, hasta si se quiere, Ricardo Rojas comete una redundancia al manifestar que "Runauturuncu" es un vocable que se aplica "a un ser humano transformado en felino por esotérica virtud". ("En el país de la Selva" pág. 209-210). Esta palabra vendría a significar "hombre-tigre-hombre", ya que es lógico suponer que "runa" y "runcu" son equivalentes.

En lo que atañe a "Ucumar", voz quíchua en que algunos tradicionalistas han creído encontrar el equivalente de la palabra castellana "Misterio" (Heredia: "Pachamama". Novela autóctona), he de hacer notar que el Dr. Lizondo Borda, en el libro antes nombrado, señala que este vocablo

significa "hombre que vive en cueva" y agrega: "Llamábbase así a un hombre casi bestial, feo, peludo, que vivía en los montes tucumanos, hace varios años, y que ocupó mucho la atención pública, hasta que fué preso por las autoridades. Se le atribuían raptos de muchachas. (Idem. Pág. 254). Como es fácil apreciar, la leyenda del "Ucumar" y la versión que recojo del "Uturuncu", son semejantes. Debo agregar a ésto, que el "Ucumar" es una voz que aun hoy se emplea en nuestra provincia para asustar a los niños. "Ahi viene el Ucumar", es sinónimo de "ahi viene el Cuco".

Ricardo Rojas, en el libro ya citado, manifiesta que el "Runauturuncu" es el producto de un pacto entre un indio y Supay, siendo esta leyenda pariente de la fábula latina y del mito francés, conocido bajo el nombre de "loup garon". Nada más exacto. El "lycanthropus" griego, el "loup garon" francés y el "lobishomen" portugués, son de idéntico origen y han adquirido carta de ciudadanía en casi todos los países del mundo. ¿Qué de raro tiene entonces que también haya llegado hasta nosotros a través de un caso de la metamorfosis como es el del "Uturuncu", cuando en el litoral argentino es clásica la leyenda del "Lobizón" o Lobishomen?...

En sus "Notas para el folklore del altiplano de Bolivia ("La Prensa". Buenos Aires"), don Enrique Palavecino dice:

"En el Titicaca recogí una curiosa leyenda en dos versiones, de boca del mismo indio Tapoje", y más adelante agrega: "El primer texto dice así: E' "Pankataia", transformado en un joven, entraba a casa de una mujer para festejarla. Una vez, jugando, ella le rompió el chaleco y él le pidió que se lo cosiera; pero al llegar el día el "pankataia" se transformó en un insecto con un ala rota, que era el chaleco desgarrado, y ella le mató, admirada de que fuese el hombre que la perseguía". El segundo texto ofrece un cambio en cuanto a la especie animal metamorfoseada. "Una joven tenía un amante que iba a enamorarla todas las noches; una noche él durmió en casa de ella y al otro día la joven, al abrir la puerta se encontró un ave que

escapó; era el Kullu". (El Kullu es un pájaro que no se atemoriza del hombre).

Estas dos versiones de un mismo asunto, ofrecen la particularidad de ser la contra parte del "lobizón" o "loup garon" del folklore francés. Los elementos están sistemáticamente invertidos en el tema clásico, un ser específicamente humano toma por la noche forma animal y da rienda suelta a sus instintos sanguinarios; en las versiones por mí recogidas, seres que son específicamente animales toman en la noche forma humana y enamoran mujeres".

Prueba esto que la clásica leyenda también se ha adentrado en el corazón de nuestros montes y de nuestras montañas, y que a través de los más variados relatos, se concreta en una única raíz, hacia donde deben tender todos los estudios de éste género.

La importancia de estas leyendas de metamorfosis, la señala el mismo Palavecino cuando dice que ellas "formarían, según Van Gennep, la transición o el punto de contacto entre las concesiones antropomórficas y zoomórficas del mundo natural".

La Flor de la Higuera

«Y viendo a lo lejos una higuera que tenía hojas, se acercó, si quizás hallaría en ella, nada halló sino hojas, porque no era tiempo de higos.

Entonces Jesús respondiendo, dijo a la higuera: Nunca más coma nadie fruto de tí para siempre. Y lo oyeron sus discípulos.

.....
Y pasando por la mañana, vieron que la higuera se había secado desde sus raíces».

(San Mateo II- Ver: 13-14-21)

Conocéis caro lector la maravillosa leyenda que nuestro paisano forjó sobre la flor de la higuera «curada»? (1) Quedaréis absorto tú que algo conoces de Botánica. Sí; por que el paisano no concibe a la flor de la higuera tal cual es, sinó que su imaginación le dió una forma antojadiza y creó en torno a ella, una de las más hermosas leyendas que en esta tierra se cuentan.

La Botánica nos enseña que lo que nosotros suponemos pequeñas brevas, constituyen en reali-

(1) "Higuera curada": La bíblica leyenda pesa aún sobre la higuera. La planta que no pudo saciar el hambre del Nazareno, constituye el leiv-motiv de numerosas leyendas y supersticiones.

Sabido es que a su "mala sombra" nada crece; que todo aquel que se cobija bajo sus ramas se vé muy pronto atacado de lo que nuestra gente da en llamar el "aire" de la planta y que produce hinchazones en todo el cuerpo, como así también "mal de ojo" o conjuntuvitis.

El paisano asegura que en las entrañas de la higuera tienen su morada legiones de espíritus infernales y que es en ella donde el "duende" encuentra su más bello refugio.

Como todo hombre sin Dios, la higuera puede pasar a engrosar las filas de Cristo. Basta con "curarla"; acción que consiste en expulsar el "aire" que tanto daño ocasiona. Para ello, apenas si se requiere un filoso cuchillo con el que se grabará en la corteza

dad las flores de la higuera. Pero de ello no quiere convencerse el hombre de nuestros campos y, por eso, cuando se le habla de estas cosas, incrédulo dobla la cabeza o, sonriendo irónicamente, nos cuenta la «historia verdadera» de esa flor que él no vió nunca, pero que sus antecesores le dijeron que existe y sobre cuyos milagros, más de una vez, en

de la planta, el signo de una cruz, en forma tal, que por el hueco producido, puedan escapar todos los espíritus del infierno, librando así a la higuera de sus fétidas emanaciones, que no otra cosa es el “aire”, según el decir del pueblo.

“Curada” la planta, de maligna que era, vuélvase igual que cualquiera otra. Su sombra tórnase acogedora, su savia se emplea en múltiples manifestaciones de medicina popular, y su corteza sirve para definir uno de los procedimientos más curiosos de éste género, conocido por todos con el nombre de la “cura por el rastro de la higuera”.

Se emplea este método para combatir ciertas anomalidades umbilicales propias de muchos recién nacidos, a quienes por este motivo se llama “pupulos”; es decir de pupo u ombligo grande.

La criatura enferma debe ser llevada hasta una higuera “eurada” que produzca brevas negras, por un tío o pariente de nombre Juan (?). Ya junto a la planta, el tío toma el piececillo del enfermito y colocándolo en el tronco de la higuera, “del lao del sol”, con un cuchillo o instrumento filoso, se lo vá diseñando en la corteza. Luego se ahueca un tanto el interior del diseño, terminando con ello la operación. Se afirma que a medida que la herida hecha a la planta se va curando, o más bien secando, el ombligo de la criatura tiende a adquirir su forma normal.

los Velorios del Viernes Santo (2), escuchó relatos preñados de fantasía oriental a la vez que de cristiana unción.

Porque la flor de la higuera «curada», cual ellos la suponen, —redimida de su antigua culpa— es la más cristiana de las flores y, única, se deja ver tan sólo la noche aquella que anuncia al mundo la muerte del Salvador. Cristo es puro, y esa flor recogió toda su pureza y fué blanca y grande. Blanca, como

(2) Velorios del Señor: Hasta no ha muchos años, fué costumbre tradicional en estas tierras “velar al Señor” en la noche del Viernes Santo. Este culto halló siempre adeptos entre los galanes huérfanos de compañera. La noche del Viernes Santo era esperada con ansiedad, para poder recorrer los “velorios” en tren de conquista, que —dicho sea de paso— siempre lograba materializarse.

Consistía el “velorio” en colocar un Cristo sobre una mesa cubierta de flores y velas encendidas, ante el cuál los devotos rezaban las Siete Palabras, el Rosario y la Letanía, repitiendo esto último tantas veces como lo creyera prudente el “dueño del velorio” o de acuerdo a las invitaciones que en este sentido hacían las visitas, que se iban renovando durante el transcurso de la noche.

El acto duraba hasta el amanecer y en las etapas comprendidas entre rezo y rezo, se aprovechaba para beber, alcohol primero y café luego. Asimismo, en tren de diversión se recurría al juego de quitar prendas, exigiendo una penitencia para su rescate. A pesar de los “velorios” adquirían muchas veces el carácter de verdaderas orgías, es de hacer notar que en ellos primaba un sentimiento de respeto hacia el Crucificado y en homenaje a El, se evitaba, en lo posible, cualquier desmán.

el ideal del Rabí de Galilea y grande como su destino. Pero, también como el Nazareno, que expiró en la Cruz, la flor de la higuera lleva un sino trágico. Su misteriosa aparición en la lúgubre noche que el mundo llora por el Hijo del Hombre, es emblema de dolor infinito, de amargura sin fin y a la vez —santa y bendita paradoja— la anunciaciόn de la Buena Nueva: ¡Cristo resucitará!... De ahí que la blanca flor de la higuera sea a la vez portadora de desgracias y cordial mensajera de alegrías. Todo depende —claro está— de que el que la quiera recoger sea un buen cristiano y sepa cumplir fielmente con los ritos que ella impone para entregarse al que será su eterno dueño. (3)

La flor de la higuera es pudorosa y solo a la hora avanzada y el silencio de la noche, sin más testigos que Dios, la luna y las estrellas, pueden vencer su timidez. Virgen nubil de inmaculada pureza, ella quiere brindarse al hombre, del que será rendida esclava y amante esposa, en un lecho que jamás nadie haya tocado, por eso exige que se le extienda un «manto sin pecar». Cristiana como es, quiere que el Crucificado, Aquel que la maldijo y supo perdonarla, presencie su himeneo; por eso impone que cuatro velas encendidas, colocadas en forma de cruz, presidan el acto. Como se sabe hermosa, portadora de riquezas y objeto disputado por

(3) "La flor de la higuera" no es más que un amuleto, o lo que los guaraníes llamarían un "payé". De ahí que la magia juegue en esta leyenda un papel preponderante.

espíritus infernales, un puñal clavado en el suelo que atraviese los cuatro caballos de un juego de barajas, servirá para luchar contra todas las adversidades y simbolizará también la amorosa fuga.

Y el caballero de probado valor, hará una cristiana invocación a Dios; clamará dulcemente por la amada, que descenderá de lo más alto de la planta; recogerá el puñal que enclavó en tierra y, sin vacilar, enfrentará a todos los espíritus que quieran turbar su próxima dicha. Si vence, desde ese instante será poderoso, más, si es vencido, ¡ay!... la tierna flor que soñó con un valiente varón, sabrá cobrar su desengaño; lo perseguirá hora tras hora, día tras día y sólo la muerte podrá librarlo de una eterna maldición...

La Viuda

Hay en nuestra terminología popular una locución que llega a ser sinónimo de un acontecimiento poco grato a la vez que presagio de desventura o contratiempo. La risueña y conocida frase de «aparecerse la viuda» abarca la idea que dejó expuesta y ella tiene su origen en una difundida leyenda jesuítica que, como la totalidad de las mismas, encierra un amplio contenido moral.

La «viuda» es una de esas tantas «almas en pena», que errando por el mundo paga sus culpas terrenales, o, para ser más explícito, el no haber sabido respetar la memoria de quien en vida fuera su esposo, entregándose a amoríos ligeros y al margen de la moral.

Toda cubierta con un manto negro, en las noches oscuras como conciencia de toda pecadora, la «viuda», enjuta y pálida, paseaba —según la creencia popular— por las calles de nuestra ciudad, buscando siempre un compañero con el propósito de saciar su lascivia que —castigo celestial— la atormentaba a cada instante, hasta el punto de convertirla en una verdadera endemoniada. Era también voz corriente que el hombre que veía a la «viuda» quedaba sumido en un estado de completa inconciencia, circunstancia que aprovechaba esta «alma en pena» para tomarlo del brazo y conducirlo hacia lugares propicios para satisfacer sus morbosidades y aberraciones.

Y el hombre, que en esta situación había sido un verdadero instrumento en manos de la «viuda», al verse libre, sentía rota su voluntad; en lo más profundo de sus pupilas quedaba grabada para siempre la visión de la fantástica orgía de la que fué parte y, poco a poco, su vida iba extinguiéndose, para ser él también un errante «alma en pena» por no haber podido resistir y vencer el hechizo de la «viuda» enjuta y pálida.

II

A principios del corriente siglo, por las calles Entre Ríos, Lamadrid y Alsina de nuestra Capital; lugar por ese entonces conocido con el nombre de «Barrio de la Curtiembre de Larramendi», al caer la tarde, montado en un caballo blanco y todo cubierto con un velo negro, hacía su aparición un personaje extraño y fantástico que, atemorizando a los viejos y niños, dedicábase a robar gallinas y cuanta ropa extendida hallaba a su paso, para perderse luego por las inmediaciones del Mercado «El Naranjo», hoy conocido como Mercado del Sud.

La figura imponente de este personaje de ultratumba, había sumido en el terror a todos los moradores del lugar y era tan grande el miedo que inspiraba, que bastaba oír el canto de un gallo o el ladrido de un perro, a horas de la oración, para que al grito de ¡«la viuda»!... ¡«la viuda»!... todos ganaran los ranchos cerrando las puertas, dando así lugar para que ese ser, para ellos de origen satánico, se entregara tranquilamente a sus fechorías.

Un día, un valiente varón que había dejado de creer en aparecidos y en almas en pena, dispúsose a develar el misterio de la «viuda», tan amante a los pollos y a la ropa recién lavada.

Y cuando todos, temerosos por la presencia del ser infernal, se hallaban en sus ranchos entregados al rezo, él, puñal en mano, salió a la calle y al divisar al blanco caballo y a su extraña cabalgadura, se les acercó sin vacilar, dispuesto a hundir en las entrañas del jinete toda la hoja del arma.

Tomado de improviso, el ente del infierno no atinó a huír y apenas si gritó angustiado un

—¡No me mate, amigo!...

—¿Quién es Usted?, inquirió el del puñal.

—¿No me conoce?, replicó el jinete quitándose el velo.

—¡Cómo!... ¿Es usted?, exclamó lleno de asombro el valiente, reconociendo a quien pasaba por enviado de Satán.

—Sí, amigazo.

—¿Qué anda haciendo?

—N' ai ya lo vé. D' alguna jorma hay que rebuscarse pa' vivir...

Desde ese día nuevamente reinó la tranquilidad en el «Barrio de la Curtiembre de Larramendi», y el ingenioso ladrón de gallinas, debió buscar campos más propicios para su aventuras de «viuda endemoniada».

NOTAS

No fueron pocos los delincuentes que, conociendo la psicología de nuestro pueblo, se valieron de ingeniosos ardi-

des para atemorizar a la gente y poder actuar así seguros de la más completa impunidad.

El caso más conocido es el que originó la difundida leyenda de "El Soldado sin cabeza", cuya fama se remonta a unos cuarenta años atrás. Se trataba, como logró establecerse, de un soldado de la cuarta sección de policía quien, cubriendo por completo su cabeza con parte de la chaqueta de su uniforme y amoldando el resto a su tórax, adquiría todas las características de un ser humano descabezado. El sujeto en cuestión, aparecía en forma inesperada al desprevenido transeunte, llenándole de confusión, circunstancia que aprovechaba para desvalijarlo. Un día fué apresado, develándose así el misterio de "El Soldado sin cabeza", que fué condenado por toda una serie de delitos.

Otro caso no menos conocido es el de "El Fantasma". Tratábase de un delincuente que al caer la tarde cubría con una sábana, encaramándose en las ramas de un eucaliptus que había frente a lo que es hoy el Hospital de Aislamiento. Cuando por el lugar pasaba una persona, "El fantasma", dejábase caer desde el árbol y luego de golpearla le robaba cuanto poseía. Este sujeto, a igual que "El Soldado sin cabeza" fué preso, terminándose así con la leyenda que en torno a su personalidad se había creado.

El Hornero

Era en los albores de nuestra historia. En el macizo de nuestras montañas parecía estrellarse el eco de los gritos de guerra que el viento traía desde el llano. Era el indio que defendía su tierra, y era el Conquistador hispano que venía a plantar en ella el Estandarte de los Reyes de Castilla y Aragón. La lucha fué terrible, sangrienta. Duró toda una jornada y cuando Mama-Quilla (¹) asomó su rostro, entristecida pudo contemplar un cuadro propio del Ucupacha. (²) Ora cadáveres, ora armas; aquí un charco de sangre; allí una flecha, una lanza y un escudo; más lejos una bestia o una piltrafa humana que gemía, y otra y otra más...

¡Las tierras de América no en vano son fecundas! Ellas fueron abonadas con la sangre de los machos de dos razas, que se unió en la muerte...

—Hace cuatro días que vago entre los montes.
Tengo sed; muchísima sed... dadme de beber...

(1) Mama Quilla: La Luna. Entre los incas era la personificación femenina y en consecuencia subordinada al Sol. Se le consagraba la plata.

(2) Ucupacha: Mundo inferior donde los malos sufrían terribles penas y dolores. El Ucupacha era el imperio de Supay, el dios de la noche o más bien el Diablo; divinidad que gustaba de sacrificios humanos.

imploró desfalleciente el soldado de Su Majestad.

—Un Blanco; por Inti. (3) ¡Dadle muerte! rugió en su lengua el Curaca.

La toldería pareció dejar escapar un grito de júbilo. Hubo arcos tiesos y hubo también flechas prestas a traspasar un corazón.

—Bajad vuestras armas, dijo entonces el sacerdote inca clavando su mirada en el sol, señor del Mundo y del Imperio. Algo sé del idioma de los Blancos, y éste, según creo, nos ha dicho que hace cuatro días que vaga perdido por los montes. ¡Cuatro días!... ¡Todo un signo!... (4) Saciad su hambre y su sed. Antes que un enviado de Supay, (5) bien puede que éste sea un espíritu bienhechor que acude a nuestra ayuda. Pocas lunas faltan ya para Intip Raymi. (6) Esperemos. Ese día, durante el sacrificio, escudriñaremos el porvenir de nuestro pueblo y entonces sabremos qué hacer con el recién llegado.

—Esperemos; confirmó el Curaca.

—Que todos los deseos del Blanco sean cumplidos; agregó el Sacerdote.

—Serán cumplidos; volvió a confirmar el Curaca

(3) Inti. El Sol. Divinidad suprema entre los Incas. Se le consagraba el oro celebrándose grandes fiestas en su honor.

(4) El número cuatro era sagrado entre los Incas, los Quíchuas y los Aymarás.

(5) Supay: El Diablo.

(6) Intip Raymi: La fiesta del Sol, cuya celebración se hacía en forma descripta a través de la leyenda del hornero.

y, junto a él, una indiecita, su hija, no pudo retener un grito de alegría.

El español la miró; se miraron y en ese instante, dos corazones latieron con más fuerza.

La indiecita clavó la barbilla en el pecho y, lentamente fué arrimándose hasta el hispano.

—¿Estás herido, pareció preguntarle en el lenguaje de los ojos, y sin esperar respuesta, con sus tiernas manos sacudió amorosa las desgarradas y rojizas ropas del soldado.

—Bondad hidalga es la tuya; musitó el guerrero y tomándola de los brazos, no pudo menos que besar su frente.

Los indios se miraron. El Curaca frunció el entrecejo pero nada dijo. Mientras tanto, Inti iluminaba la escena con sus últimos resplandores.

—¿Cómo se dice en tu idioma a una niña hermosa, santa y buena?, preguntó en quíchua el soldado hispano.

—Ñusta, según creo; replicó la indiecita...

—¡Mi Ñusta!, acentuó el guerrero, y allá lejos, en la selva bárbara oyóse el canto de un beso...

—Vamos, sigue tu trabajo. Debes hacer la vivienda prometida y a usanza de los tuyos. Quiera Inti que resulte del agrado de mi padre. Entonces celebraremos en ella nuestra gran fiesta.

—Nada temas. Construir viviendas es mi condición. Allá en mi tierra, al otro lado del gran mar, muchas de ellas llevo hechas.

—Sí, ¿pero por qué no trabajas hoy?... ¿acaso piensas en la patria que dejastes?; ¿acaso otra mu-

jer?... o ¿es que estás enfermo?... Sigue tu labor, yo te ayudaré.

—Nada de eso; obedezco sólo a un íntimo mandato. Hoy, de acuerdo a nuestras prácticas es Domingo y El nos señala que debemos guardar este día.

—¿Y quién es El, que tanto puede?

—Jesús. Un hombre que fué grande y de tanto que era, murió en la Cruz por nos los pecadores; contestó con marcada unción el español y sacando de entre sus ropas un Crucifijo, lo llevó hasta los labios de la indiecita, para besarla luego él también.

—Quieres que rezemos?, preguntó la Ñusta.

—¡Quién supiera hacerlo!, musitó tristemente el soldado.

—Porqué te pones triste?... Ven, repite cuanto digo:

Y en la mañana cuajada de aromas, como una dulce canción de esperanza, dejóse oír :

«¡Oh, vivificador del mundo!, tú que existes desde el principio y que existirás hasta el fin, poderoso y misericordioso, que has creado al hombre diciendo que el hombre sea, que nos resguardas del mal, y nos conservas la vida y la salud, ¿estás en el cielo o en la tierra, en las nubes o en los abismos? Escucha la voz de aquel que te implora y concédele lo que te pide. Dános la vida eterna, resguardanos y acepta nuestro sacrificio (7) ...

Era el solsticio de Junio. Intip Raymi había llegado y todo estaba listo para festejar la muerte

(7) Oración dominical de los Incas.

y resurrección del Astro-Rey. Tres días fueron ya de continuo ayuno y antes de despuntar la aurora del cuarto, descalzos, en inmensa procesión encabezada por el Curaca que lucía sus plumas de Cóndor, dirigíase ese resto de una incaica tribu rumbo al templo, que no era otro que la modesta vivienda construída por el soldado hispano. Apenas Inti dejóse ver, todos cayeron de rodillas y le enviaron amorosos besos. Despues el Inca entró al templo y como hijo directo de la divinidad, ofició personalmente, mientras que afuera, toda su grey entregábase a fiestas y libaciones. En medio de ella, ajeno a todo cuanto en torno era, pensando sólo en su Ñusta amada, cubierto con su rojizo uniforme, hallábase el Conquistador, representando a un vencido, no por las armas, sinó por los ojos de una hija de estas tierras.

Y llegó la hora del sacrificio. Una llama negra fué traída hasta el lugar, y, al ofrendársela a Inti, el sacerdote arrebató las entrañas de la bestia para leer en ellas el porvenir de su raza.

Quedó inmóvil, más reaccionando de pronto, con voz de trueno exclamó:

—Nuestro destino es trágico. Hasta aquí vendrán los Blancos para acabar con nosotros. Habrá guerra y seremos vencidos para siempre. ¡Prended al intruso, debe morir!... Catequil (8) lo pide...

—Debemos morir; gritó la indiecita enamorada y acercándose al español, con voz serena y dulce agregó:

(8) Catequil: Dios bienhechor que presidía la feracidad. Según ciertos mitos, debíase a éste la civilización.

—No importa; iremos a unirnos en el Upamarcá. (9) Allí nuestra dicha no podrá ser turbada.

—¡Cuán grande eres!, exclamó el soldado apretando a la indiecita contra su pecho. Toma ésto; y le entregó su Crucifijo.

—¡Prendedlo! rugió de nuevo el Sacerdote.

—Vivo... ¡Nunca!, replicó el hispano con gesto hombruno y, echando una mirada en redor, alzó en sus brazos a la Ñusta y en veloz carrera se lanzó por entre los montes.

—¡Seguidlo!, fué la voz de orden, y en medio de un feroz alarido, la indiada se largó tras los fugitivos.

La huída parecía imposible, pero el amor dá fuerzas y el español corría. Atrás venía la indiada ansiosa de sangre...

—Estamos perdidos; dijo de pronto el soldado.

—Confía en Dios... en tu Dios; replicó la indiecita devolviéndole el Crucifijo.

—Sí, sólo en El...

Y en ese instante, cuando ya los aborígenes, cual jauría, se lanzaban sobre la indefensa presa, oyóse un grito y, de entre medio de ellos, dos pájaros ganaron vuelo para ir a posarse en las ramas de un árbol cercano.

—Por Inti... Por Inti; balbució un indio y todos los demás se arrodillaron para entonar una plegaria...

(9) Upamarea: El país del silencio. Los indios de las montañas sostenían que el espíritu de los muertos se dirigía a ese lugar.

Pasaron unos instantes. Desde la ramada, dos avecillas, con sus pechos al viento, los ojos al sol, alegraron la comarca entonando un canto de amor, mientras que allá, en el rústico templo, las llamas del fuego sagrado, simbolizaban el renacimiento de Dios...

Al día siguiente, las dos avecillas construían su nido y lo hacían de barro, como hicieran el templo...

Era la primer pareja de horneros, que aún hoy, a través de los tiempos, nos hablan siempre del amor y de la fe, que los hizo grandes y que los hará eternos.

NOTAS

El hornero (*Furnarius Rufus*) es un ave de no más de quince centímetros de largo, de plumaje color ladrillo (rojizo) y de pecho y garganta blancos. En su "Diccionario de argentinismos" Lisandro Segovia, al referirse a la vida de estos pájaros dice: "Los horneros son, al parecer, cónyuges tan afectuosos que cuando, tras breve separación, se vuelven a reunir, prorrumpen indefectiblemente en una explosión de regocijo que manifiestan lanzando a dúo un grito tan repetido como estridente, acompañado de un aleteo cómico y expresivo". No teme al hombre y éste le profesa un respeto religioso, considerándola la más cristiana y gaucha de nuestras aves.

La superstición popular le rinde culto destacando que el hornero es el único pájaro que no trabaja los días Domingo ni los de "fiestas de guardar", dedicándose por entero al canto como un acto de agradecimiento al Salvador, a quien debe su vida.

Asimismo el aforismo popular afirma que "quien mata un

hornero o destruye su nido, atrae a la tormenta" y que "en casa que hay un nido de hornero no caen rayos".

Por otra parte la construcción de su nido —obra admirable— lo destaca como un verdadero arquitecto. Construido éste de paja y barro, tiene la forma de un horno; se compone de dos habitaciones; una de las cuales, mejor resguardada sirve de alcoba nupcial. La entrada del nido se orienta casi siempre hacia el Norte. A veces un pájaro intruso logra apoderarse de la primera habitación, la pareja entonces le cede el nido pero para tapiarle la puerta.

En un artículo titulado "El Hornero, pájaro constructor", don Ernesto Morales nos dá cuenta de una interesante leyenda guaraní, sobre este pájaro tan nuestro, cuyo canto —a decir de Jorge Cásares— resuena desde Jujuy a los confines de la Patagonia.

Dice el conocido cultor de nuestras tradiciones:

"El hornero era un bravo, jóven y fuerte cazador que vivía en apartado lugar sólo con su padre. Amaba el jóven a una muchacha cantora que viera en sus excusiones; pero llegado a la edad viril, tuvo que someterse a la triple prueba que era obligación en su tribu. El triunfador obtendría como premio la propia hija del cacique. Para ello debía vencer en dos carreras, una a pie y otra a nado, y luego someterse a la prueba del ayuno, que consistía en estarse inmóvil, envuelto en un cuero y sin tomar más que líquido durante nueve días.

Y cuenta la tradición que el bravo cazador triunfó en todas las pruebas pero cuando fueron a sacar del cuero donde permaneciera nueve días, inmóvil, bebiendo solo zumo de maíz, el cacique y los ancianos de la tribu que oficiaban de jueces, vieron que se empequeñecía hasta convertirse en un pequeño ogaraiteg de plumas rojizas. Y desde el cuero voló hasta la cima de un lapacho, donde lanzó su primer melodioso y alegre canto. El cazador renunciaba así a la hija del cacique. La tradición agrega que la muchacha cantora se convirtió en ave también, y voló a hacer compañía al que, por su amor, renunciaba al poder".

La Tumba del Finao

Hace de esto muchísimos años, en la intersección de la calle Muñecas prolongación y Boulevard de los Egidos, dos hombres trabáronse en lucha. Salieron a relucir facones y bien pronto una puñalada certera, epilogó el trágico duelo.

Nunca se supo las causas que motivaron el hecho. Apenas si se habló de que ambos eran peones del viejo Ingenio propiedad de los Taboada, distante no muy lejos del lugar.

Las piadosas prácticas que aún hoy perduran, hicieron que una tosca cruz de palo marcará el sitio de la tragedia y, más de una vieja comadre, más de un tierno niño, a partir de entonces, en las tardes de los días Lunes —tarde siempre dedicada a la recordación de los muertos— se llegó hasta ella, para dejar allí ya una ofrenda floral, ya una humilde vela de sebo. ⁽¹⁾

El sitio aquel, santificado por la tosca cruz indicadora de una muerte, fué conocido desde esa época con el nombre de «La Tumba del Finao».

(1) Es costumbre piadosa prender velas en las cruces encavadas en los caminos, ofrendándolas a las “almas más necesitadas”. Si al consumirse las velas no quedan de ellas rastros, es índice de que el “alma” o las “almas” a quienes se hizo la ofrenda, necesitaban de ella y que la agradecen. Si por el contrario, el sebo se esparce por el suelo, significa que el “alma” es indiferente a la recordación que fué objeto.

Nuestra gente, sencilla y mística como es, convirtió bien pronto a ese pedazo de suelo en objeto de santa veneración. A la primera flor y a la primera vela, siguieron muchas flores y muchas velas. «La tumba del finao», se hizo popular entre el bajo pueblo y su popularidad, basada en supercherías e hipotéticos milagros, fué acentuándose con el correr de los días.

II

Pero no ha visto «cuma» las «malas luces» (2) que se ven p' al lao de «la tumba del finao» en la noche de los lunes?

—Ya m' hei fijao; deben de ser las «almas» que andan penando. Ayercito nomás las vide así como a las nueve. Parecían pequeñas lenguas e' juego que se perdían por los cañaverales. ¡Cómo ladraban los perros!... (3) Dios nos salve... Ave María Purísima...

Y la horrible nueva se esparció como mancha de aceite.

Efectivamente, en la noche de los lunes, se veía en torno a «La tumba del finao» varias lucecillas que parecían juguetear en redor de la Cruz, para desaparecer luego por entre los sembradíos cercanos, sumiendo todo en la más profunda obscuridad.

(2) "Malas luces": Ver leyenda titulada "Los tapados".

(3) Es creencia que los perros poseen un sexto sentido que les permite ver a las "almas". Cuando ladran en forma intempestiva se atribuye siempre a esta causa. De ahí que se lo interpreta como un funesto presagio.

El hecho era real; indiscutible. Todos lo podían apreciar desde lejana distancia, ya que nadie se atrevía a llegar hasta el lugar do paseaban las «malas luces». Y así como era real, así también resultaba inexplicable para las personas más o menos cultas, que, atraídas por la fama de «la tumba del finao», se llegaban dispuestas siempre a desentrañar el misterio y estudiar el fenómeno, para dejar sentada luego más de una estúpida teoría.

En pleno invierno, un atardecer de un día lunes, llegóse al lugar un harapiento mendigo, desconocedor de todo lo que respecto a «la tumba del finao» se venía hablando. Cansado como estaba, dejó caer su sucio hatillo y, en el afán de aprovechar el fuego de las velas que manos piadosas habían encendido ese día, ganó asiento sobre una piedra. No había pasado mucho tiempo cuando el pobre hombre, fatigado y hambriento, quedó dormido para despertar horas después y ser testigo de un espectáculo extraño a la vez lastimoso.

Junto a él, se había agolpado una verdadera jauría de perros famélicos que, tras no pocos recelos, tomaban entre sus dientes a las velas encendidas y echando a correr lograban apagarlas, engulléndose las luego. Y esta tarea cesó recién cuando no quedó ni un solo cabo de sebo.

Ante el hambre de los canes, el pobre mendigo temió ser despedazado, y alzando sus ropas, se alejó de «la tumba del finao», seguido por los perros que comenzaron a ladrar desaforadamente.

Al día siguiente las «malas luces» de «la tumba del finao», volvieron a ser la comidilla obligada de las comadres del lugar.

Y el mendigo, que oyó una charla al respecto, relató entonces el suceso de la noche anterior.

Pudo más, sin embargo, el fanatismo ciego, la superstición popular, la ignorancia y...

—Limosnero había de ser y «masón» ⁽⁴⁾ pa' más; fué el comentario obligado.

Y la leyenda en torno a las «malas luces» de «la tumba del finao», siguió extendiéndose hasta que un día la claridad se hizo en esas mentalidades primitivas. El avance de la cultura destruyó una leyenda infantil. No obstante, muchas otras vinieron a sustituirla...*

El Duende

(4) Nuestro paisano llama masón a todo individuo que no es cristiano.

He aquí una de las más grandes creaciones de la Edad Media. ¿Quién no ha oído hablar de él? Es el cuerpo y el alma en su condición infinitesimal. Es un microrganismo de temperamento maligno, que a veces, aburrido de causar daño, siente ansias de ser bueno, amable y hasta cariñoso.

En el siglo XVII el P. Fray Antonio Fuente de la Peña, ingenio de España, no pudo menos que dedicarle un curioso libro. «El ente delucido», y a través de sus páginas nos mostró como una evidente realidad la existencia de ese ser, nacido en una de las noches más negras de la humanidad.

El «duende» a través de la clásica leyenda, es un espíritu revoltoso y burlón. Es un ente que ríe con gracia infantil; que puebla las despensas para saciar su glotonería y que gusta pasearse por sobre los fogones y por entre las cacerolas.

Ama a los niños y tampoco le son indiferentes las mujeres, sobre todo si éstas son buenas mozas y solteras. A los primeros no los molesta, pero es poco galante con las segundas. Les revuelve los cajones de la costura; les esconde las agujas y, curioso como es, también se llega hasta el cofre que guarda más de una carta amorosa y se entera de su contenido que, por demasiado indiscreto, divulga luego.

La fantasía popular, al dar vida al «El Duende» no ha hecho más que buscar a un ser capaz de jus-

tificar todas nuestras pequeñas barrabasadas a la par que todos nuestros grandes descuidos. El es el culpable del vaso que se quiebra en forma inesperada; suya es la culpa de la cuchara que se cae, del dedal que se pierde, y suya es también la culpa de más de uno de nuestros diarios sobresaltos. ⁽¹⁾

II

Mi estimado y distinguido amigo, el Dr. Emilio Catalán, en su conocido estudio sobre «La Brujería penada con la hoguera en el Tucumán Colonial»

(1) «El duende» de nuestra leyenda resume en sí casi todas las características del Gnomo, el enano fantástico de cara arrugada y barba blanca. Este es de origen germánico y pertenece a todo ese mundo de maravillosos personajes, cuyos representantes más popularizados son los silfos, las hadas, los "goblins" ingleses, los "brownies" y "leprechauns" escoceses, junto con los dos anteriormente nombrados.

Resultaría tarea demasiado extensa definir a todos y cada uno de estos personajes. Por ello he de ocuparme escuetamente del que origina estas notas. Al hablar de «La Flor de la Higuera» dijimos que dicha planta era el refugio predilecto de nuestro «duende». La leyenda germánica relativa a los gnomos nos informa que «cada flor, cada árbol, cada animal, desde el escarabajo hasta la ballena, lleva un gnomo dentro. Cuando el animal o la planta mueren es porque el gnomo que lo habitaba se ha ido de él». Como se vé, la semejanza es notoria.

Los nigromantes de Medievo, sosténian que era suficiente echar en una cacerola una camisa sucia con un poco de trigo nuevo, para que de allí surja un travieso «duende».

(Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal N° 76 y 77. Año 1926) dice:

«El duende» es uno de los mitos más generalizados y que sobreviven todavía en Tucumán, Catamarca, Salta, Jujuy, Santiago del Estero, Bolivia y Perú. Dícese que los «duendes» son los espíritus de los niños muertos sin bautizo y confinados por tal motivo en el Limbo. Surge de ello que el origen de esta leyenda en nuestro medio no puede ser otro que jesuítico. Pero así como esta leyenda corre de un rincón a otro de nuestra provincia, ella ocupa también toda la extensión de nuestro continente y por ello no es difícil oír hablar de «el duende» en el Paraguay y Corrientes, donde su figura de enano rubio, cubierto con un sombrero de paja, más de una vez quitó el sueño a una india moza y, donde su bastón de oro, ha sido codiciado por más de un galán con poca suerte (Leyenda del Yasy yateré).

La leyenda en torno a «el duende» ha llegado hasta nosotros en distintas formas. En ciertas zonas de nuestra provincia se lo presenta como a una criatura que gusta permanecer en las inmediaciones de los manantiales y acequias, matando sus ocios bañándose o bailando, teniendo siempre la previsión de occultarse a los ojos de los humanos. Pero la forma más común que la imaginación del pueblo nos pintó a «el duende», es la que nos lo presenta como un enano de gran cabeza, cubierto con un enorme sombrero de paja cuyas alas, sacudidas por el viento, producen un ruído extraño. Como complemento de su personalidad, un carbón encendido dejase ver siempre entre sus dientes. «El duende»

gusta hacer sus apariciones en verano, a la hora de la siesta, buscando siempre cobijarse bajo la sombra de las higueras, o perderse en la espesura de los cañaverales. (2)

De sus travesuras son infinitos los relatos.

Es «el duende» el que se dedica a raptar niños de pecho y es él también —ente de peligroso erotismo— quien engaña a las mozas para saciar así sus sexuales apetitos. Su aparición turba el ánimo de quien ha supuesto verlo y de ahí que su sola enunciación produce un miedo instintivo.

Leyenda —en su primera concepción— netamente cristiana, nada más lógico entonces que se recorra al rezo para ahuyentar a «el duende» o, en su segundo aspecto, a la guitarra, que al ser pulsada, recuerda al enano del grande sombrero, el arpegio de los violines que escuchó allá en el cielo, antes de ser arrojado por soberbio y malo. Porque diz la gente, que éste no es otro que el mismísimo Supay.

(2) Tanto Valdizán, al ocuparse de la leyenda de “El duende” en el Perú, como el Dr. Catalán al referirse a la nuestra coinciden en la creencia de que las “concreciones duras, cremosas y de color amarillento, producto del deshecho de las fábricas de azúcar (mezcla de restos de mieles y otras substancias clarificantes de los caldos) que se abandonan por inservibles en los caminos cercanos, son atribuidos como deyecciones de los “duendes”.

La leyenda de “El Sombrerón” del folklore hondureño, es también muy semejante a la de nuestro “duende”.

El Buscador del Espíritu

Relato sobre
medicina popular

En la Provincia de Tucumán, la Medicina Popular —a igual que en casi todos los estados norteños de nuestro país— tuvo diversas formas de exteriorizarse. Es conocida la «cura con yuyos», la «cura de palabra», la «cura con ungüentos», etc., pero la expresión más curiosa de hallar remedio a ciertos males es la «busca del Espíritu»; sobre todo en los casos que el enfermo ha entrado en estado comatoso o sufre afecciones psíquicas o más bien alteraciones mentales o nerviosas. «Se l' ha ido l' espíritu», es entre la gente de nuestros campos una expresión vulgar que revela que la persona a quien se refiere es un loco, o por lo menos, está en vías de serlo.

Para curarlo, nada más propio entonces que tratar de dar caza al alma inquieta, y de ahí que titule el «buscador del espíritu» a la persona —casi siempre un allegado al enfermo; «dueño», para decirlo a la usanza nuestra— que en tren de salvarlo, se dispone a reintegrar al cuerpo del paciente el alma o espíritu que se ha fugado. Pero esto no es todo. El acto en cuestión, reviste los caracteres de un verdadero culto, y de ahí que sea necesario cumplir con ciertos rituales para que éste surta el efecto deseado. Las invocaciones a Dioses extraños, el silencio de la noche y otros factores que escapan a la comprensión de personas más o menos cultas, juegan en estos casos un papel preponderante que

pondré de manifiesto a través de un sencillo relato. A la sola lectura del mismo, se advertirá bien claro que esta extraña curación define el misticismo propio de nuestro nativo, que si bien es cristiano, al convertirse, no ha hecho más que asimilar una doctrina religiosa para sumarla a las múltiples tradiciones aborígenes, que aún hoy siguen primando en ciertas zonas de nuestra provincia y en especial, en la región que comprende los Valles Calchaquíes.

El hecho tiene por escenario un apartado lugar de los Valles Calchaquíes, casi en los límites de nuestra provincia con la de Catamarca.

Un humilde rancho, a la sombra de cuyo alero dormitan varios perros, destila tristeza. Hay dentro de lo que hasta ayer fuera un hogar feliz, una enferma cuya gravedad llena de angustia hasta a los mismos canes. Es la joven esposa del nativo, que a toda hora lanza gemidos trágicos, llenando la desolada comarca de un no sé qué, anunciador de muerte.

Y viene el «médico» o curandero; un hombre entrado en años, lampiño y harapiento como todos los de su condición, quien luego de echar un vistazo a la enferma, santiguándose, sentenciosamente dice:

—Se l'ha ido l'espíritu...

La trágica nueva entraña para el esposo —en el primer momento— todo un dilema: dejarla morir, así nomás, como a una bestia, o tratar de salvarla, intentando para ello un postre esfuerzo: «buscar» el espíritu de la enferma y volver a reintegrarlo a su cuerpo.

La elección no es dudosa. El buen paisano espera una noche obscura y, cuando ya todos duermen, hace un atado de coca y llicita, y silenciosamente se dirige a la cima de una loma cercana, llevando asimismo un tiento que usará en forma de lazo. Llegado al lugar elegido y luego de enterrar la coca y la llicita y de hacer invocaciones a Pacha-Mama, arma el lazo y lo arroja hacia donde cree pueda encontrarse el alma de la enferma, a quien llama con angustiosos gritos.

Silenciosamente, igual como se había alejado del rancho, regresa a la cama de la enferma, arrastrando el lazo y, ya junto al lecho, aflojando el nudo del tiento, hace como si colocara algo sobre el cuerpo de la paciente.

En el caso que narro, la «cura» que dejó expuesta no surtió efecto y la explicación fué dada bien pronto. Mientras el paisano regresaba al rancho trayendo «enlazado» al espíritu, un perro que escuchó el ruído de sus pasos, dió un ladrido y ello bastó para que el alma de la enferma, asustadiza en extremo, ganara nuevamente la cima de la loma para vagar y vagar, hasta perderse en los siglos de los siglos.

Este caso, que no comprendía más que el relato que me fuera hecho por una persona de reputada autoridad intelectual, se complementa con otro que voy a referir a continuación y del cual, si bien no fuí testigo presencial, tengo en cambio la comprobación sorprendente de sus efectos, ante los cuales, más de un profano en medicina, bien podría repetir la frase aquella de «hay que creer o reventar».

El método empleado para esta cura, difiere en parte con el que dejé expuesto, ya que aquí no se emplea ni coca ni llicita, ni tampoco el lazo para «cazar» al espíritu travieso, sino las propias ropas de la enferma, que en este caso sirven para que el alma vagabunda encuentre a su dueña y se reintegre de «motus propio» a su cuerpo.

Hace ya varios años, mientras jugaba con unos perros, una niña fué mordida en la cabeza por uno de los canes. Como consecuencia de este hecho, la pobrecita pareció enloquecer. Se consultó a distinguídos facultativos de la ciudad y, luego de establecerse que no se trataba de un caso de hidrofobia, se intentó varios tratamientos para curarla del extraño mal que la aquejaba. Empero, todo fué inútil. Día a día la chiquilla iba empeorando, hasta que, en el colmo de la desesperación, la madre atinó a llamar a una curandera de esas que aún hoy abundan en los suburbios de Tucumán.

Después de examinar la herida de la enfermita y de indagar las manifestaciones propias del mal, ella también, a igual que el «médico» de los Valles Calchaquíes, afirmó que a la pobre «se l' ha ido'l espíritu».

Preguntada de cómo podría recuperárselo, llamó aparte a la madre de la enfermita para darle las instrucciones del caso.

Esa misma tarde, cuando la pobre niña había logrado conciliar el sueño, sin decir nada a nadie, la amorosa madre tomó las ropas que usara la enferma el día en que fué mordida, y arrastrándolas por el suelo, las llevó hasta el lugar mismo donde

se había producido el hecho. Después de rezar un Padrenuestro y de cumplir con varios ritos secretos, la buena mujer llamó con repetidos gritos al alma de la enferma y volvió hasta la habitación de la niña, para colocar las ropas bajo la almohada sobre la cual descansaba la cabecita rubia de la paciente.

Horas más tarde despertaba la niña, pudiéndose comprobar entonces una notable mejoría que por otra parte, fue acentuándose con el correr de los días, hasta quedar completamente restablecida en el transcurso de algunas semanas.

NOTAS

Juan B. Ambrosetti en su libro "Supersticiones y Leyendas". (Pág. 159 al 162) al hablar de lo que tituló "El buscador del Espíritu", nos informa de manera amplia sobre el extraño culto en cuestión. Su relato se basa en notas tomadas en la zona de los valles calchaquíes que comprende las provincias de Salta y Jujuy. En la provincia de Tucumán, este culto se ha ido simplificando con el correr de los años, debiéndose posiblemente a ello la no intervención directa del "médico" o el curandero en la búsqueda del espíritu —tarea que hoy efectúan los allegados al enfermo— como asimismo la supresión de casi todos los "oficios" religiosos que señala el distinguido sabio.

Es interesante destacar también que la oración que el "buscador" pronuncia al tratar de reintegrar el espíritu, está consignada en el libro de Ambrosetti, siendo la siguiente:

Pacha Mama —Pacha cauea
Pacha luntu —Señora Santa Ana
Ondura aueu marco
Patrón largapúai
Amautichipuaicho.

El significado de esta oración, entraña un pedido efectuado a Pacha-Mama (Madre de los cerros o de la tierra) para que libere al Espíritu.

(2) Son por demás conocidos los efectos de la coca (*Erythroxylon Coca*), cosa que me exime de mayores consideraciones al respecto. En cuanto a la "llicta" voy a hacer más las palabras del ilustre autor de "Supersticiones y Leyendas". (Pág. 139). "Es una composición de cenizas de ciertas plantas, ricas en potasa, mezcladas con un puré de papas hervidas, la que una vez seca toma un color gris o negro y una consistencia de piedra". Al enterrarse ambos productos no se hace más que rendir un tributo a la "madre de la tierra".

Es curioso señalar también, que en forma inconciente, si se quiere, nuestro paisano sigue rindiendo culto a este Dios aborigen. Esto que puede parecer una exageración, se pone de manifiesto en los actos más insignificantes de la vida diaria. Al cebarse mate, por ejemplo, se toma la pava y la primer gota de agua se deja caer al suelo, como un tributo a Pacha Mama.

El Familiar

La industria azucarera, en el mundo todo, fué cimentada a fuerza de sangre. ¡Amarga historia la de la más dulce de las industrias!... ¡Una trágica paradoja!... En Cuba la leyenda de los «Hombres sin alma», nos habla de seres humanos que dejaron de ser tales, para —convertidos en autómatas—, circunscribir su existencia a la misión exclusiva de saciar la voracidad de los trapiches, hasta que un día confundidos con las cañas, un trapiche los tritura, para dar con su sangre —sangre cansada de bestias de carga— mejor gusto al azúcar...

En nuestra provincia, la leyenda en torno a la industria azucarera, si bien en su simbolismo en nada difiere a la que dejamos anotada, en su forma, en su estructura por decirlo más claro, ella presenta caracteres bien distintos y en consonancia con la modalidad de nuestro pueblo, propenso siempre a creer en la intervención de poderes sobrenaturales.

Es así como la leyenda sobre el azúcar en Tucumán, nos habla de un pacto con Supay, presentándonos como consecuencia de ello a «El Familiar», engendro satánico figurado por unos como una enorme sierpe y por otros como una vulgar oveja, propensa a las metamorfosis más repentinasy, si cabe, a la acción de la metempsicosis, ya que en ese cuerpo, según se cuenta, dominaba el espíritu de una bestia feroz, ya fuera ésta un león, un tigre o una hiena...

Aquel Ingenio situado en San José de Lules, a la vera del río del mismo nombre, departamento de Famaillá, se hallaba en plena actividad.

La zafra había comenzado y como consecuencia de ello, los trapiches mostraban sus dientes ávidos de extraer el jugo nutritivo de la caña. El «conchavo» había iniciado tiempo atrás, y desde Santiago del Estero, Salta, Catamarca y el mismísimo Chaco, casi a diario «venía cayendo la peonada»...

Por las tardes, después de una tarea agobiadora, el alero de los ranchos entre mate y mate, un paisano pulsando la guitarra ensayaba una copla; otro refería un «caso»; aquél hablaba de sus pagos y al hacerlo, sus ojos se ponían vidriosos y su voz volviese trémula. Y las tertulias, que comenzaban con el declinar de la tarde, se prolongaban por largas horas, en esas noches claras, en esas noches tucumanas...

Aquel Ingenio situado en San José de Lules, era uno de los más importantes de la provincia. Sus dueños, según voz corriente, eran poseedores de una fortuna fantástica, incontable...

En plena actividad el Ingenio, cierto día un peón debió trasladarse hasta la sala de herramientas en busca de quién sabe qué llave o qué martillo. Al abrir la puerta, una enorme víbora, una monstruosa ampalagua de esas que aun hoy asoman de cuando en cuando por nuestros montes, cogiólo del brazo. El paisano era fuerte y el reptil de primera

intención, no logró su intento. Entablóse entre ambos una lucha a muerte y, pasados unos instantes, varios peones, escucharon el chirrio propio de huesos hecho añicos, para contemplar más tarde —locos de terror e incapaces de una reacción— a través de la puerta semiabierta, al enorme reptil que trataba de engullir a su víctima.

Todo hace presumir que el enorme reptil fué muerto, y de este hecho —con un poco de indulgencia— explicable y hasta posiblemente cierto, surgió la leyenda; la trágica leyenda de «El Familiar», cuyo relato, aún hoy, espeluzna a las gentes sencillas de nuestros campos.

La fantasía popular creó la leyenda y, al hacerlo —cosa lógica— se ensañó con el poderoso.

Nació «El Familiar» como el producto de un pacto firmado con sangre entre el dueño del Ingenio y el Diablo.

Supay daría dinero al poderoso; acrecentaría diariamente su fortuna hasta hacerla fabulosa; las crecientes, que tanto daño causaban por ese entonces, nada harían en los dominios del Ingenio. A cambio de todo esto, «El Familiar» especie de genio tutelar, iría a vivir a una de las dependencias del Ingenio —el sótano—, para velar desde allí por la prosperidad de su señor. Establecía asimismo el pacto, que el poderoso, en su última instancia, a igual que Fausto, debía entregar su alma a Satán.

Presentóse a «El Familiar» como una enorme sierpe y la imaginación popular le dió pronto las formas más extrañas. El terror hacia la bestia infernal crecía día a día y, coincidiendo con ello, día

a día era más próspera la situación del Ingenio y por ende la de su dueño.

Pasó así mucho tiempo. El temor hacia «El Familiar» había adquirido proporciones fantásticas. Todo estaba ligado a su designio, pero de pronto, en forma inexplicable, comenzó el derrumbe. El Ingenio ya no era lo que antes. La ruina se cirrió sobre él, y de «tropezón en tropezón» —como decía la gente— aquello se vino al suelo.

¿Qué había pasado?

La fantasía popular, creadora de la leyenda, lo explicó bien pronto: «El Familiar», la terrible bestia del infierno, había sido muerta.

¿Cómo?... ¿Cuándo?...

He aquí lo que contaron:

Había llegado la fecha en que era necesario saciar el hambre de la fiera. Como todos los años, el «hombre que había vendido su alma al diablo» designó al peón que debía ir al sótano en busca de una «herramienta».

El elegido era, según decían, «hombre de pelo en pecho» y no ignoraba su trágico destino. Imperaba en toda su crudeza la «ley del conchavo» y negarse a cumplir la voluntad del amo era hacerse acreedor a una azotada mucho más dolorosa que la muerte misma. Por eso decidió entrar, pero dispuesto a la lucha. Sabía desde tiempo atrás que los «hechizos» se anulan muchas veces con el filo de un puñal y blandiendo uno, sin vacilar se aprestó a cobrar cara su vida.

Según muchos no hubo lucha. El puñal rompió el maleficio y el hombre pudo acabar fácilmente con

la bestia. Otros afirman que hubo un duelo a muerte y que después de una espera angustiosa, se vió salir un hombre ensangrentado, llevando en alto un puñal y gritando como loco:

—¡Lo he' i muerto!...

Cuando pasado el primer instante —mezcla de miedo y asombro— se acercaron hasta el sótano para contemplar al monstruo muerto, una exclamación brotó al unísono de todas las gargantas.

¡La bestia había desaparecido! Apenas si quedaba allá, un negro perro que a todos lamía los pies.

El Ingenio, tan próspero hasta entonces, cesó su actividad. Su dueño, poco a poco, se fué arruinando, y la superstición popular tuvo un motivo más para extenderse, dando libre curso a su imaginación tropical.

Nuestra Señora de la Consolación de Sumampa

Leyenda Santiagueña

En las tierras en que el Kacuy, en las noches tenebrosas, ayea lastimero «turay... turay... turay»..., evocando con sus gritos una tragedia honda y humana, entre matas y cactus, en lo más alto de un cerro, una cruz de quebracho señala al viajero, en el silencio salvaje de las breñas, los vestigios de una mística historia tres veces centenaria que habla al corazón. De una mística historia tres veces centenaria, que más abajo, en la falda del cerro, una blanca Capilla y un cementerio más blanco aún atestigua. Es la Capilla y el Cementerio de Sumampa, zona hasta ayer vírgen de la inmensa región selvática de Santiago del Estero.

Recordemos. Era una tarde de Noviembre del año 1630. Meses hacía que, desde Buenos Aires, pesadas carretas conducían a Lima las acostumbradas mercancías, entre las que también iba una Virgen, hermana de aquella otra que debió quedar en Luján. Habían dejado atrás a Córdoba la salamanquina, y por el «camino del Cuzco» avanzaban por en medio de los montes santiagueños. Los bueyes, gachas las testas, con paso tardo, mansamente se dejaban conducir por sus arrieros, que silbando a veces, en silencio otras, tostados por el sol y acosados por la sed, ansiaban de llegar. E iban así, marchando y

marchando, hasta que de pronto, las bestias quedaron como enclavadas en son de rebeldía.

Al principio nada hicieron los arrieros para continuar la interrumpida marcha, y así pasaron horas y más horas.

La tarde comenzaba a declinar y el purpúreo de la hora adquirió tonalidades pardas, en virtud de las nubes que, en presurosa marcha, ganaban el espacio. Todo quedó oscuro y arreciaron los truenos y relámpagos. Los cactus y quebrachos semejaban monstruos horripilantes. Los loros y las catas, en estrepitosa barraunda ganaron sus nidos y de vez en vez, el graznido de un carancho, era como una agorería trágica en la lúgubre inmensidad...

Había que seguir a todo trance, más, de nada sirvieron las picanas y los látigos. Todo fué inútil; los bueyes no querían marchar...

Locos de inquietud, ebrios de congoja ante la seguridad de una tormenta de esas que arrasan con todo, con valor de criollos se aprestaron a recibir de frente a la muerte y, al hacerlo, decidieron salvar a la Virgen que llevaban. Una pequeña Virgen de no más de treinta centímetros de alto, que sobre un humilde pedestal de piedra, mostraba su rostro beatífico y puro. Con manos trémulas y anhelantes la tomaron entre todos y elevando una plegaria, la pusieron en el suelo y... ¡Oh milagro!... todos a un tiempo, los bueyes reiniciaron la marcha. Aquejillo fué entonces una revelación y hoy es un símbolo. Un símbolo de fe.

Allí la dejaron sola y ellos siguieron para perderse instantes después en las vaguedades de los montes.

El cielo, antes cargado de pardos nuclarones, volvióse claro y luminoso. Ya no se oía el fragor de los truenos y relámpagos, y... todo era luz. Y en medio de esa luz estaba Ella, una Virgen criolla y buena... ¡La Virgen de Sumampa!... ¡Nuestra Señora de la Consolación de Sumampa!...

F I N

FE DE ERRATAS

Debido a la premura con que fué impresa la presente edición, se han deslizado por la misma varios errores de acentuación, como así también los que siguen:

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de MIGUEL VIOLETTTO,
Soc. de Resp. Lda., Calle Las Heras 971-79
el dia 29 de Diciembre de 1936

Página	9 - Párrafo	2 - con	DONDE DICE	DEBE DECIR
» 23	» 22	idiosineracia	como	idiosincrasia
» 25	» 18	circuncidador	circuncicidor	tú
» 28	» 26	tu	estaban	estaban
» 46	» 7	estaba	proprios	proprios
» 57	» 18	propias	con que	guasos
» 59	» 1	conque	con que	quizá
» 59	» 25	guazos	guazos	quizá
» 67	» 1	quizás	los gases a que	los gases a que
» 67	» 24	los gases que	absorbió	absorbió
» 79	» 14	absorvió	quizá	abalanarse
» 83	» 6	quizás	quedaréis	quedarás
» 83	» 6	avalanzarse	por que	leiv-motiv
» 89	» 3	quedaréis	porque	so lo la
» 89	» 4	por que	leiv-motiv	sus
» 89	» 13	Leiv-motiv	por que	balbuceó
» 92	» 15	so lo a la	a	estructura
» 99	» 27	su	al	baraunda
» 106	» 15	porque	baraunda	
» 108	» 26	balbució		
» 119	» 27	al		
» 133	» 15	extructura		
» 134	» 11	el		
» 142	» 12	barraunda		

185956

185956